

La Gaceta Literaria

iberica:americana:internacional

LETRAS ARTE CIENCIA

periódico quincenal (1 y 15 de cada mes)

dirección:

E. GIMENEZ CABALLERO PEDRO SAINZ RODRIGUEZ

40 CENTIMOS

SUSCRIPCION { España y Países del Convenio postal Hispanoamericano... 7,50 pts
ANUAL... Extranjero... 10,00 —
ANUNCIOS DE { 75 pts. la línea del cuerpo
TARIFA... Polizas de suscripción
Descuentos: trimestre, 10%
— semestre, 15%
— anual, 20%

Madrid, 1 de Septiembre de 1931 Núm. 113

Redacción y Administración:

PRINCIPE DE VERGARA, 42 y 44

Donde debe dirigirse toda la correspondencia

Se reciben suscripciones en las principales librerías

Charlot y Ramón

La revista "Cuyo", de Buenos Aires, publica un ensayo sobre Carlos Chaplin y Ramón Gómez de la Serna, reproducido a continuación por su valor de paralelo. Y por todo lo que Charlot debe a sus remotos orígenes ibéricos. Este ensayo es de Oreste Plath, que escribe desde Chile.

Ramón Gómez de la Serna es en la literatura lo que el humano y sensible Charlot, con su vestimenta de vagabundo internacional, en el cine. Ambos son dúctiles y flexibles, como la famosa e inmortal varilla.

De espaldas a la seriedad se manifiestan, y parecen complacerse en hacer un licor absorbente con todas las miserias y los caracteres grotescos del siglo.

Ramón es un buceador profundo de espíritu contemporáneo. Magnífico valor del humorismo, que pone en todas sus demostraciones un principio de greguería psicológica, fina y penetrante, que se adentra sin pesadez hasta el fondo de la sensibilidad humana. Así se comprende que la Academia de los Humoristas franceses los haya nombrado socios.

El uno, es humorista en la vida, en sus libros y en la conferencia, y pasa sus días entre el Pombo y su casa o gruta encantada, frente a una diosa de cera, mujer fresca y lozana a la que no le molesta el humo de su pipa de marinero en tierra. Usando el falso monóculo que es toda su estética, así también descabeza el sueño, junto con la falsa viveza del pez rojo que se baña en la pecera.

No hay quien merezca compararse a este escritor espontáneo y cordial en el escenario de la literatura española. No registran las obras de Ramón el adorno superfluo. Ahí sus libros *El circo*, prologado por el famoso payaso Fratellini, *El Torero Caracho*, con las tristezas de la vida; *La Nardo*, retratos de tipos del suburbio envueltos en el halo pestilente de las grandes cochambres.

Su público de lectores es literario y auténtico. Es ramongomezserniano. No se puede decir lo mismo del irlandés Bernard Shaw.



Ernesto Giménez Caballero, autor de "Trabalenguas sobre España", conjunto de ensayos interesantes.

En la conferencia, el ramonismo brilla como la charlotada. Una vez travestido con su frac lleno de bastas blancas, y desde lo alto de un trapecio, despliega una cinta de papel de donde caen esas greguerías, almacén de imágenes, acuario lleno de peces de colores, maletín repleto de extravagantes corbatas. En otra ocasión, ante un auditorio provinciano que esperaba oír palabras doctrinales, pronuncia, con su chuzo de antiguo sereno en la mano, una conferencia sobre los faros, en la que derrochó una gracia y un ingenio que aquella gente que aguardaba palabras graves no pudo comprender.

Triunfante en Francia, invitado por sus editores y amigos de París, Ramón mantiene su figura ante ese público francés, que entiende de risa y humor y que sabe interpretar con *esprit* todas las poses, lanza una conferencia montado sobre un elefante, que tal vez nunca estuvo más contento que al escuchar la palabra del rey de las paradojas humorísticas.

Otra vez, en España, en un lugar de conferencias doctorales, Ramón habló sobre los peces delante de una pecera y de un falso micrófono. Pero donde culminó su originalidad

El Robinsón Literario de España

EQUIVALE A UN LIBRO DE 300 PAGS.

Léalo tranquilamente, lector

Consérvelo, lector.

idad fué cuando, llamado a explicar el sentido de una película en el Palacio de la Prensa, el escritor singular apareció pintado de negro, leyendo en una pizarra de colegial.

En Buenos Aires, traído por Amigos del Arte, puso punto aparte en su charla sacando de una envoltura una bolita roja del porte de una bola de billar. Y el *he dicho* final, precedido del prólogo oral y gráfico de la mano hinchada (su derecha encerrada en un fuerte guante de boxeador).

Hay analogías entre la greguería y la charlotada genial. No existe el conferenciante de Historia Natural; es el humorista de esperanzas en el que relinchan las libertades. Así como el bufón melancólico, tímido y retraído sabe entregarnos la "pantomima" sentimental, emotiva, lógicamente armoniosa sin cometer sinrazones, porque nada de lo que se relaciones con el alma le es extraño, Ramón, con su humor para tomar las cosas que lo rodean, no llega a la chabacanería. Conmueve ramonianamente.

Al dar una conferencia en Berlín, y hablar sobre el humorismo, a la salida de su habilitamiento, alguien, un alemán, comentó: "Si hablase con frecuencia entre nosotros, lograría cambiar nuestro carácter."

Charlot, el rey sentimental y filósofo de los vagabundos, mesías del siglo, que ha im-



Concha Espina, la insigne escritora montañesa, autora del gran libro de novelas breves "Llama de cera".

presionado con su herencia de dolor y broma, con su caudal de ingenio enternecedor, el piruetero de gigante posesión, que nos ha llevado por caminos de melancolía con su martingala estafalaria, a pesar de que es caballero del Imperio británico, caballero de la Legión de honor y caballero de la Orden de Isabel la Católica, con el mimo, ha convulsionado al mundo, porque él es un cataclismo íntimo que nació desde el suburbio de Londres.

Hacia donde navegan los dos.

Muy distante de los archipiélagos de *Charlot, bombero*, *Charlot, rey del patín*, *Charlot en la calle de la Paz*, *Charlot, maquinista*, hoy, frente a *La quimera del oro*, *El circo* y *Luces de la ciudad*, fiestas del espíritu, se abren nuevas sendas que nos aprisionan cada día, robándonos la atención hasta con los perfiles de su vida, que son escenas de una película. Hace poco, al manifestarle el público en su gira por Europa: Londres, Berlín, Viena y París, su homenaje de popularidad y admiración, modestamente, dijo: "Al viajero se le recibe siempre con hospitalidad." Hay en esto como un final de los que él sabe dar a sus films.

Distanciado el uno de cuando se le consideraba como un loco, como un literato extravagante, a quien se le cerraban las puertas y tenía que sufrir insultos y ultrajes. Y Chaplin, de cuando llegaba a la ciudad de los Angeles y, dirigido por la graciosa Mabel

Normand, en aquel entonces de la Compañía cinematográfica Mack Sennett, aquel Sennett que nunca creyó que Charles tuviera algo de gracioso, ni menos que se imponería sobre el cómico de ese tiempo, Ford Sterling. Ramón y Charlot, el descubridor del niño para sus milagros "el pibe", navegan hacia otros hemisferios. Una nueva faz ha de estudiarse en Gómez de la Serna; se ha dedicado al teatro nuevo, al teatro de vanguardia. Piensa, con José Ortega y Gasset, fundar uno con edificio propio, para combatir así la indiferencia general que rodea a esta innovación. Ha escrito mucho para la escena. De entre lo más granado de sus obras citaremos *El drama del palacio deshabitado* y *Teatro en soledad*. Prepara *Los medios seres*, para L. Poe, y *El Santo Entierro*, para Gaston Baty. Seguramente, como autor teatral, ya le tildaremos de nuevo Colón. ¿Las arenas de qué mares retendrán las uñas de las anclas de estas dos naves?



E. Salazar y Chapela, autor de "Pero sin hijos", la más aguda y original novela de la actualidad española.

LA LIBRERIA BELTRAN

envía a reembolso todos los libros

PRINCIPE, 16.—MADRID



CIAP

La editorial española que empuja a su vez las editoriales especializadas RENACIMIENTO, MUNDO LATINO, ATLANTIDA ESTRELLA, MERCURIO, CIENCIA Y ARTE, EDICIONES HOY, posee en sus catálogos el cuadro completo de los grandes escritores españoles contemporáneos. La Ciap, editora del 80 por 100 de la producción española, ha publicado últimamente obras de Alcalá Galiano, Altamira, Araquistain, Azafra, "Azorín", Bacarisse, Baeza, P. y R. Baroja, Barriobero, Belda, Tomás Borrás, Bello, Blanco-Fombona, Carmen de Burgos, J. y F. Camba, Cambó, Camín, duque de Canalejas, Carrère, Castro, Romanones, Cossío, Díaz Fernández, D'Ors, Concha Espina, Fernández Flórez, Francés, Ramón Franco, Francos Rodríguez, García Martí, García Sanchiz, Ghirardo, Giménez Caballero, Goicoechea, Gómez de Baquero, Gómez de la Serna, Gutiérrez-Gamero, Hernández-Catá, Hoyos y Vinent, Huidobro, Insúa, Jarnés, Jiménez de Asúa, Juarros, Angel Lázaro, Marañón, E. Marquina, Martínez Olmedilla, Martínez Sierra, Méndez Bejarano, Oteyza, Darío Pérez, Dionisio Pérez, Pérez de la Ossa, Pérez Zúñiga, Pittaluga, Répide, Antoniorobles, Salvador Rueda, Sáinz Rodríguez, Salaverría, A. Salazar, Saldaña, San José, J. y R. Sánchez Guerra, Sassone, "Españolito", Tenreiro, Unamuno, Valle-Inclán, Nôvoa Santos, Grau, Cansinos Asséns, Ricardo León, Andrés Nin, Abril.

La Ciap, creadora de colecciones únicas en España, ha renovado el repertorio de la literatura clásica española con la colección LOS CLASICOS OLVIDADOS; ha dado por primera vez una biblioteca clásica universal con las BIBLIOTECAS POPULARES CERVANTES; ha proporcionado las grandes novelas contemporáneas, en ediciones populares, con el LIBRO PARA TODOS; ha dado al público una enciclopedia popular hispanoamericana, asequible a todos por su módico precio, con EL LIBRO DEL PUEBLO.

La Ciap es la primera editorial que proporciona al público revistas distintas, que atienden desde su especialidad las formas diferentes de la actualidad: COSMOPOLIS, LA GACETA LITERARIA, LA NOVELA DE HOY, COMERCIO, LIBROS.

La Ciap es la primera editorial que extiende por España y América una red de librerías propias para el mejor servicio y difusión del libro:

MADRID: Librería Fernando Fe, Puerta del Sol, 15.—MADRID: Librería Renacimiento, Preciados, 46 y plaza del Callao, 1.—MADRID: Librería Fe, Príncipe de Vergara, 42 y 44.—BARCELONA: Librería Barcelona, ronda de la Universidad, 1 y Cortes, 592.—SEVILLA: Librería Fe, Campana (junto a Sierpes).—ZARAGOZA: Librería Fe, paseo de la Independencia, 23 y 25.—SAN SEBASTIAN: Librería Fe, avenida de la Libertad, 16.—CARTAGENA: Librería Fe, Isaac Peral, 14.—LA CORUNA: Librería Fe, Real, 24.—CUENCA: Librería Fe, Mariano Catalina, 12.—JEREZ: Librería Fe, Larga, 8.—BUENOS AIRES: Florinda, 251.—MONTEVIDEO: Cerrito, 442.—MEJICO: República de Cuba, 29.—ROSARIO: Tres Febrero, 1.331.—CHILE: calle de la Catedral, 1.236.

Junto con estas librerías propias, la Ciap posee convenio especial con las siguientes

LIBRERIAS ASOCIADAS DEPOSITARIAS C. I. A. P.

Aguilas: Honesto García, calle del Arenal, 11.—Alcaudete: José R. Amaró, Artes Gráficas, Carnicerías, 11.—Alcoy: Depósito Mariola, San Mateo, 20.—Almansa: Constantino Sánchez, librería.—Almadén: Ramón Palomo, Canalejas, 44.—Almagro: Librería Aguilar, plaza de la Constitución, 33.—Alameda: José Pérez Talavera, Placeta, 3.—Almodóvar del Campo: Viuda de Luis Franco, librería.—Alora: Juan G. Domínguez, Canónigo Morales, 42.—Arbo: Severino Feijóo, librería.—Arroyo del Puerco: Librado Collado, librería.—Astorga: Porfirio Díaz, Manuel Gullón, 3.—Avilés: A. Núñez, "La Esperanza", Marqués de Teverga, 2.

Ayamonte: José Pereira, Lusitania, 4.—Azusa: Angel Yanes Galván, Joaquín Costa 23.—Badajoz: G. Doncel, librería "La Alianza", Hernán Cortés, 9 y 11.—Baena: Emilio García Torres, Alfonso XIII, 3.—Béjar: Carlos Calvo Núñez, Mayor, 79.—Cáceres: Máximo Solano, plaza Mayor, 19.—Calahorra: Ramón Gil, librería Viuda de Gil, Grande, 28.—Castro Urdiales: Isidoro Fernández, Mar, 9.—Castellón de la Plana: Librería General, Falcó, 4.—Cazorla: Juan F. de la Torre, plaza de los Gómez Sigura, 4.—Ciudad Real: Hijos de Carlos Pérez, General Primo de Rivera, 7.—Constantina: Víctor Rojo Muñoz, librería.—Córdoba: Antonio Jaén, librería "Hesperia", plaza Tendillas, 14.—Chantada: M. Paulino Mariño, librería "La Cultural Española".—Daimiel: Francisco Espadas, librería. Daroca: Victoriano del Molino, Mayor, 11.—Dos Hermanas: Manuel Pérez, librería.—Ecija: Manuel Castellano, Cánovas del Castillo, 8.—Elda: Viuda de Juan Vidal, Colón, 11.—El Ferrol: Casa Leira, Real, 113.—Elche: Antonio Aguiló, Canalejas, 5.—Fonsagrada: Balbino López, librería.—Gandía: Ignacio Espí, Juan Andrés, 8.—Gijón: Matías Conde, Corrida, 58.—Guadix: Manuel Serrano de Haro, plaza de la Constitución, 15.—Guadalajara: Hipólito de Pablos, San Gil, 6.—Haro: Imprenta y librería "Viel", Vega, 27.—Hellín: Mariano Aramburo, librería.—Hervás: Jacinto Roncero, librería.—Hinojosa del Duque: José Francisco Castell, librería.—Huelva: Santiago Fernández Romero, Concepción, 27.—Huesca: Viuda de Lorenzo Iglesias, Coso Bajo, 15 y 17.—Illora: Nicolás Puentes Vera, Convento, 34.—Isla Cristina: Antonio Salcedo Vergara, Emiliano Cabot, 15.—Jaén: Juan Anguita Galán, plaza de San Francisco, 27.—La Carolina: Mateo Alvarez Lorite, Jardines, 1.—La Laguna: José A. Wengüemer, San Agustín.—Lahín: Leandro López del Río, librería y papelería.—Las Palmas: Diego García de Paredes, Malteses, 11.—León: Mauro Casado, Pérez Galdós, 3 y 5.—Logroño: Sucesores de Delfín Merino, Marqués de Vallejo, 15.—Lorca: Juan López Asensio, Canalejas, 62.—Lucena: Artes Gráficas, Cánovas del Castillo, 18.—Lugo: Papelería Imprenta Lombardero, San Pedro, 11.—Luarca: E. Camilo Gómez Sánchez, P. Aliados, 6.—Málaga: Enrique Rivas Beltrán, Larios, 2.—Medina del Campo: Rufino Sáez Gómez, Simeón Ruiz, 10 y 12.—Melilla: Boix Hermanos, Alfonso XIII, 2.—Mérida: Bernardo Vadillo, Santa Eulalia, 50.—Mieres: Ildefonso López Fernández, Camposagrado, 1.—Mollina: Antonio Rubio Fernández, plaza de la Constitución, 7.—Monforte de Lemus: Dolores González, General Rubín, 11.—Montoro: Juan Velasco Madueño, librería.—Mora: Mónico B. Abad, Leandro Navarro, 1.—Mula: Gregorio Mellado Soriano, La República, 13.—Novelda (Alicante): Isidro Sella Francés, Castelar, 65.—Noya: Severino Loroño, Comercio, 25.—Olivencia: José Rojo Hurtado, Constitución, 13.—Olvera: Miguel Olid Rocanegra, Ríos Rosas, 4.—Orense: Cándido Puga Noguero, avenida del Progreso, 36.—Orihuela: Buenaventura Estruch, Centro de Suscripciones.—Oviedo: José María Mantilla y Pérez de Ayala, librería.—Palencia: Santiago Rincón, Mayor Principal, 48.—Plasencia: Generoso Montero, plaza de la Victoria, 20.—Pontevedra: Julio Antúnez, Oliva, 6.—Porriño (Pontevedra): Camilo Paz Martínez, R. González, 11.—Pozoblanco: Antonio Jurado, librería "La Primitiva".—Pravia: Librería Varela, San Antonio, 4.—Requena: Salvador Soteres, librería.—Ronda: José Estévez Echegoyen, Espinel, 7.—Salamanca: Francisco Pablos Velasco, Isla de la Rúa, 1.—Sama de Langreo: Lázaro García, librería "Fénix".—Sanlúcar de Barrameda: Elicio Serrano, librería.—Santander: Benegui Díez, Amós de Escalante, 10.—San Roque: José Fernández López, plaza de Riego, 6.—Santa Cruz de Tenerife: María Miranda, Cruz Verde, 17.—San Vicente de Alcántara: Felipe Cáceres Melchor, librería "La Moderna".—Sax: Juan Pérez, plaza de Cervantes, 4.—Segovia: Cándido Herrero, Cervantes, 18.—Talavera de la Reina: José del Camino López, Canalejas, 19.—San Fernando: Luciano Cañavate, General Pasquín, 29.—Tarazona: Luis Martínez Moreno, paseo de Alfonso XII, 10.—Tarifa: Manuel Ruffo, librería.—Telle: Francisco Izquierdo, R. Bethencourt, 2.—Teruel: Casto Adrián Fuertes, P. de Carlos Castell, 6.—Toledo: Rafael Gómez Menor, Comercio, 57.—Totana: Andrés Zarauz, librería.—Tudela: J. Castilla, Gaztambide, 27.—Trujillo: Sobrino de Benito Peña, librería.—Túy: Francisco Baquero, librería.—Ubeda: Santiago Fernández, Real, 6.—Valdepeñas: Félix Recuero Cejudo, Don Cristóbal Bermejo, 1.—Valladolid: Librería Santarén, Teresa Gil, 11.—Vegadeo: Librería Amor, Fondrigo, 1.—Vigo: Librería Barrientos, Velázquez Moreno, 28.—Villacarrillo: José Sánchez, librería.—Villanueva de la Serena: Francisco Jariego, librería.—Vitoria: Librería Larrañaga, Postas, 10.—Vivero: Antonio Santiago Seijo, librería.—Yecla: Viuda de José Pérez Botella, librería.—Zamora: Jacinto González, librería.

LOS CINCO MEJORES LIBROS DEL MES

EL MALVADO CARABEL

Por WENCESLAO FERNANDEZ FLOREZ

Gran novela humorística, cuyas páginas admirables reflejan magistralmente la actualidad.

5 PESETAS

LA SEXUALIDAD ENCADENADA

Por CESAR JUARROS

Este libro expone y estudia con rigor científico, pero con extraordinaria amenidad, todas las perversiones sexuales.

7 PESETAS

MANICOMIO

Por A. HERNANDEZ-CATA

Un gran libro de cuentos del gran escritor, ilustrado maravillosamente por Souto y editado con insuperable buen gusto.

15 PESETAS

La cuñada de Tarquino

Por JOAQUIN BELDA

Toda la Roma picaresca y cruel de los últimos años de Tiberio. La sexualidad y el negocio amalgamados. La mejor obra, la más atrevida de su autor.

6 PESETAS

TAM-TAM

Por TOMAS BORRAS

El libro único por su bella literatura teatral y por sus extraordinarias ilustraciones y dibujos postumos de gran pintor Barradas.

Edición especial. 15 PESETAS

CIAP.—LIBRERÍA FERNANDO FE, PUERTA DEL SOL, 15.—MADRID

ESCUELAS COMETAS

IDEAS AL VUELO

Efectivamente tiene explicación que desde el principio se haya atacado al modernismo y que desde hace algún tiempo esté de moda desdeñarlo. Al fin y al cabo es la moda más reciente. Y en modas ya está probado que lo último es lo que priva.

Pero conviene establecer distinciones entre el desdeñar y el atacar. Se desdeña lo ya realizado y visto. Se ataca lo que entra en vías de realización, apenas entrevisto. El modernismo ha pasado por estas dos etapas-pruebas. ¿Tenía razón de ser la primera? ¿La tiene la segunda?

No se puede estampar aquí un "sí" o un "no" caprichosamente. Para ser justos, contestemos, pues, "sí" y "no". El modernismo fué atacado desde el principio por una ley de reciprocidades. Todo arte viejo ataca al nuevo, como todo arte nuevo empieza por nutrirse de ataques al viejo. La lucha de lo viejo con lo nuevo ha sido más enconada cuanto más violentos han sido los ataques de lo nuevo hacia lo viejo. El ataque-réplica de posición a posición está por tanto justificado. Todo ser humano tiene derecho a la vida, y por consiguiente es lícito que defiendan las respectivas propiedades.

El motivo para que el viejo arte desdeñe al moderno no nos parece quizá tan justificado. También aquí hay una ley de reciprocidades—¿están los dos fracasados?—, pero con varios puntos a favor del segundo: mientras éste ha dado un paso hacia adelante, aquél se quedó estancado en la brecha. Mientras el uno mantenía en perpetuo sueño las sensibilidades espectadoras, el otro las ha superexcitado y mantiene en una perenne vigilia, en un vivir en perpetua cautela; ha modificado los paladares y hecho exclamar a los públicos frente a lo viejo: "esta droga no nos sirve".

Ahora parece que ese grito lo quieren hacer suyo los viejos defensores de antigüedades, acompañándole de una sonrisa de desdén: "si nuestras drogas—exclaman—no han servido a los públicos, las vuestras, más refinadas, tampoco consiguen hiperestesiarlos. Nosotros, aunque apuntalados, nos mantenemos aún en pie. Por vuestro cielo, en cambio, fugaces y sin dejar una estela, han pasado una veintena de cometas-escuelas. Tan fracasados estáis como estamos; con una agravante a vuestra espalda: que habéis destruido y nada creáis".

No tienen razón los que así argumentan con una lógica francamente conservadora y anticuada. O si la tienen, puede ser, visto este pleito desde el terreno de los positivismo, de los resultados puramente cuantitativos y temporales, no desde el punto de vista de las calidades artísticas y de su inmutabilidad en el

tiempo. Que se hayan sucedido una veintena de escuelas sin dejar huellas, en lo que va de siglo, puede significar quizá falta de hondura en la exploración de lo hallado, no que lo hallado sea inservible; pero también—y es lo probable—ser un producto, un retrato de la configuración psicológica de la época que, al cómodo placer de pedir cada noche: "Dios mío, danos otro día igual a hoy", opone la tortura del: "Dios mío, que mañana no sea como ayer".

ARTE Y POLITICA

¡Que mañana no sea como ayer! Los que niegan parentesco a la política con el arte e igualdad—en tiempo y aspiraciones—de las etapas evolutivas de una y otro, deben meditar serenamente sobre esta frase—grito de angustia mejor.

Y verán que ese grito es proferido, al mismo tiempo que por los artistas modernos, por las muchedumbres modernas, que sólo sienten la atracción de la política sin contacto alguno con las vicisitudes del arte. Esto equivale a decir que ese grito lo ha hecho suyo la humanidad entera. Y que puede representar una desorientación, un fracaso de las modernas teorías sociales a nativitate o después de dos prácticos ensayos opuestos—fascismo y sovietismo—, pero un más rotundo fracaso de los regímenes anticuados que, como el arte arcaico, ha hecho exclamar a las muchedumbres: "estas drogas no me sirven". Ya, muy pocos, en efecto, creen en la perfección de las antiguas fórmulas políticas, y aunque nadie puede exhibir un programa perfecto de política futura, se las combate sin embargo. ¿Por qué?

Por una razón que justifica plenamente el hecho de ser el hombre un ser pensante eminentemente evolutivo y por tanto disconforme con lo que no llena sus apetencias y necesidades. Con arreglo a la lógica de que hablábamos antes, una lógica conservadora, nadie tendría derecho a proclamar la caducidad de unas normas políticas vigentes en tanto no se inventaran otras prácticamente mejores. Pero eso sería tanto como caer en la conformidad más estúpida, es decir, en la parálisis, en el anquilosamiento total de las facultades pensantes de la especie humana. Sería vitalizar el tonto adagio popular: "Así ha sido el mundo y así será".

No se desdeñe, pues, a las juventudes modernas por lo que también su política pudiera tener de fracaso o de desorientación. Ellas, señalando su desconformidad con los viejos regímenes, proclamando su ruina, cumplen, como los jóvenes artistas frente al arte caduco, su misión histórica: la de poner al mundo en una constante vigilia, en un perenne estado de cautela, de alerta, estado el más a propósito para atrapar a la verdad fugitiva y esquiva.

Sea, pues, siempre nuestra oración: "Dios mío, que mañana no sea como ayer".

LA VERDAD EN MUCHOS POZOS

Pero acaso para atrapar esa verdad no sea la posición colectivista del mundo actual la más acertada.

Hasta mediados del siglo pasado no se ha empezado a hablar seriamente de una nueva religión surgida de las aglomeraciones humanas: el colectivismo o sindicalismo. Históricamente, hasta esa fecha, se considera al hombre como eminentemente individualista, poco sociable. Quiero decir, no inclinado a constituir una fuerza numérica, un apretado bloque. De esto dan testimonio preferentemente el arte y la ciencia, como se ve, puramente subjetivos.

Hoy, por el contrario, el hombre—aparentemente al menos—ha llegado al máximo de la sociabilidad, de la unidad de fuerzas. Y de esto también nos dan irrefutables testimonios la ciencia y el arte. El arte se inclina hacia el terreno de la masa, se hace arte *de y para* la masa, excluyendo todo *divismo* o personaje heroico.

Pero nótese la paradoja: cuando el mundo era individualista, la Verdad estaba sólo en el fondo de un pozo. Y aunque dispersos, todos los esfuerzos iban encaminados hacia un mismo fin: extraerla de ese pozo. Hoy, cuando el mundo es societario o sindical, la Verdad está en tantos pozos como individuos existen. O por lo menos en tantos como sindicatos, asociaciones o escuelas—política, filosófica y artísticamente hablando—. Y aunque aparentemente unidos, todos los esfuerzos marchan dispersos, sin embargo, en busca cada uno de su Verdad.

Y lo gracioso es que, a escucharlos, todos han sacado la suya del correspondiente pozo y la muestran, ufanos, a los demás. Así, se entabla una lucha, no por buscar la Verdad, sino por imponer cada uno al otro su Verdad. Y en esa exposición pública de verdades, nos quedamos todos sin ninguna. Porque, claro está, la Verdad no es más que una, y ésa, ¡mal que nos pese!, continúa todavía en el fondo del pozo.

EL DIPUTADO ESPECTADOR

Este figurarnos todos con la Verdad en la mano ha producido otros trastornos en el mundo actual: uno de ellos el que todos nos erijamos en vendedores y ninguno en comprador, todos en actores y ninguno en espectador. La zarabanda es monumental y el aspecto del teatro, por demás, irónico. Vacío el patio de butacas, repleto el escenario. Y claro, cuando nadie atiende, cuando nadie escucha, se imponen los gestos exagerados y las palabras altisonantes.

Quizá por eso tenga hoy la vida toda un aspecto de mercado de valores, de patio de Bolsa y quizá, quizá... algo también de mercado de abastos. Hay que imponer las propias mercancías a fuerza de gritos... ¡Mal sistema, mal sistema para expender Verdades! Mala feria aquella en que no hay espectadores.

¿O es que también en esto—como en lo de los individualismos y colectivismos—se da una extraña paradoja? ¿Que hablen los que no tienen nada que decir

y callen los que deberían hablar? ¿Que mientras el público se precipita al escenario los actores descienden al patio de butacas? Parece que sí.

Unamuno por lo menos así ha querido demostrarlo cuando al levantarse a hablar en el Parlamento dijo: "Señores yo no sé nada de política. He venido aquí como espectador". Es la única postura que lógicamente puede adoptar un filósofo sabio frente a los ignorantes vociferantes: callar, mirar, escuchar, *Espectar*. Suprema ciencia del que busca la Verdad. La Verdad que, como las palomas, se ahuyenta con los gritos y sólo se deja atraer dulcemente con la meditación. Dejemos, pues, a los corredores de valores pregonar a voz en grito su mercancía, mientras nosotros, recogidos en un palco, hacemos de silenciosos y quizá únicos espectadores.

ROSA ARCINIEGA

Trabalenguas sobre España

de

E. Giménez Caballero

"Baedeker" espiritual de España.

Itinerarios de Touring-Car.

Guía de Touring-Club.

C I A P

6 PESETAS

Librería Fernando Fe,

Puerta del Sol, 15

MADRID

El Robinson Literario de España

APARECERA MENSUALMENTE

(Si las circunstancias y la salud del autor no lo impiden)

COMENTARIO

Nietzsche y nuestra vida

Ignoro hasta qué punto será indiscutible cuanto voy a escribir a continuación. Tengo la angustia de lo indiscutible. También el temor de lo dogmático. De lo rígido mentalmente. Con objeto de salvar la angustia y temor citados, tómese todo lo que sigue como una introducción tácita al tema mismo a que voy a referirme.

1.

Antes de penetrar en el cuerpo de este Comentario hay que detenerse en una afirmación decisiva, pues se encuentra en el principio y término de lo que escribiré aquí. Citémosla: vivimos ahora, en 1931, con una disposición espiritual de textura nietzscheana. Todavía agita la marejada de Nietzsche la psique europea. Es posible que dicha marejada no embalse jamás. (Luego habrá que decir por qué.)

Deseo que nadie se alarme de la afirmación precedente. Observo que usted tiene un porte demasiado categórico, de aquellos que empujan a la aventura de la generalización. (Odio el generalizar. Resulta demasiado personal. Hay que preocuparse de la impersonalidad, incluso de la de uno para sí mismo.)

Bien. Ya podemos entrar en el curso del Comentario. Recuérdese esto, inevitable para justificar lo que sigue: Kant había cercado al individuo en los límites de la misma naturaleza humana. Descubrió que la existencia del hombre es una contradicción inmensa, puesto que espera lo infinito de lo finito. Todo cuanto existe vino a concluir, afirma lo que no existe. (El hecho ocurrió en la suave Königsberg, en la primavera de 1787.) El abismo que media, por decirlo con una imagen geológica, entre las dos Críticas kantianas—cito la Pura y la Práctica—, media también entre la naturaleza empírica y metaempírica del individuo.

Continúo. Después de Kant, el individuo se cansa de la razón. Del especular, viviendo lo visible, sobre lo invisible. Confúndense las aguas que Kant había separado. Aparece el materialismo, desvalorización del espíritu. Pero como es lo invisible quien gobierna lo visible, surge luego el grito: ¡volvamos a Kant!... Aquí está ya Nietzsche, quien tenía que vivir, con la mayor tensión biológica posible, el abismo kantiano. Aquel que se ha señalado entre las dos Críticas.

2.

Nietzsche vive, mientras afirma brutalmente la vida, lo negativo de la ciencia, de la moral, de la filosofía. Incluso de la vida misma. Denuncia lo contradictorio de todo aquello donde se intente sustentar un sentido de cuanto existe. Ya se sabía en su tiempo, por ejemplo, que la ciencia es impotente, estéril, en su acepción trascendental; que la fe es un problema biológico, y no racional, etcétera... Pues bien, sólo Nietzsche, ápice de lo occidental, ha vivido este saber. Rebelóse contra una ciencia y filosofía provisionales, hurtándose a la consideración de que esa provisionalidad es inevitable.

¿Y después?... ¡Ah! Nietzsche ama lo griego. A pesar de Nietzsche. Lo pánico de la cultura helénica—observo al margen—tiene por centro de gravedad la medida, el límite. Toda limitación es optimista. El griego descubre un mundo interior de topografía horizontal, por decirlo así. El arte griego resulta clásico por antianecdótico. El artista griego no hace biografía, sino eternidad. Por eso el individuo, como tal, resulta ajeno a lo

helénico. Basta de observaciones marginales.) ¿Cómo acordar este amor con lo más propiamente nietzscheano de Nietzsche?... En última instancia, Grecia y Nietzsche se contradicen. El mundo griego hállase condensado. Tiene su sentido en lo inmóvil; el mundo occidental está en devenir: la vida carece, pues, de sentido. Porque el sentido sería el reposo, la petrificación, lo inmóvil. De Grecia sólo quedará en Nietzsche el gozo generoso de que trata Heráclito.

3.

Por otra parte, he aquí, con Nietzsche, la presencia de lo anti. (Cualquier existencia vida hacia dentro descubre un elemento de oposición a lo establecido.) Todo su pensamiento se levanta sobre el pascaliano orden cordial de la filosofía. Es, al mismo tiempo, una dilatación imprevista del cogito cartesiano. Y también una forma suprema de desesperación.

Tuvo que mantener la vida a raya con el superhombre, esquema de rencor misógino; de rencor cósmico, mejor. El superhombre se apoya en que la vida es insípida y bestial. Después de Nietzsche, ¿cómo ponerse a investigar la vida?... Aunque la vida sea, en sí misma, la felicidad, según Fichte, el infortunio de vivir anega el corazón de la existencia. Nietzsche llega a la angustia: quiere conocer a Dios puesto que nada se puede conocer mientras no lo conozcamos todo. Halla en el fondo del conocer, en la forma que se dispone la mente para el conocimiento, una convención. Esto le repugna de un modo casi físico: siente náuseas del hombre. Todavía le es prematuro el pensamiento de que antes de la causalidad, el tiempo y el espacio, hay algo irreducible a la ciencia, pretendida uniformidad de la naturaleza. Hay, digo, el azar. Dios mismo es el azar: la fe precede a la ciencia.

El conocimiento tiene que limitarse a llenar de mundo, por decirlo así, el espacio, tiempo y causalidad. (Extra Kantium nulla salus!) Nietzsche, para quien la ciencia moderna es embrutecedora, encuentra otra vez que el conocer tiene un no sé qué de milagroso. Clavado en una teoría del devenir, afirma la eterna fecundidad de la vida. Señala la vida, precisamente, el punto arquimédico de su pensamiento. (Resulta que el descubrimiento de la vida, como entidad irreducible enfrente de la ciencia, ha sumido al individuo en la mayor desesperación. También tiene alegría eso de encontrarse uno embarcado en su vida. No lo ignoro. Pero el que así ocurra no resta desesperación al hecho. Muy al contrario.)

4.

Aparece, en una palabra, la vida. Ni más ni menos que la vida banal y prodigiosa. Nietzsche la estima un medio de conocimiento. (¡Todo Bergson está aquí cuidado!) Producto de avanzar, de ir no importa donde, esa aparición. Empieza a proponerse, además, que la realidad es infinita: así se equivoca a Kant. También se propone que todo acaba en lo emocional, incluso la ciencia misma, señalada como larga astucia, error más adecuado, prisionera de lo finito, etc... La sabiduría nietzscheana no es intelectual. Es sentimiento de sabiduría. Esto ya es sabido. Termina en que la vida es el fenómeno primario.

Estamos, pues, viviendo el nietzschianismo. ¿Es que no buscamos el libre desarrollo de

PERO SIN HIJOS

Por E. Salazar y Chapela

NOVELA

315 páginas 5 pías.

C. I. A. P.

Librería Fernando Fe,

Puerta del Sol, 15.-Madrid

las potencias, de la energía? Pero, eso sí, sin ética: conviene aducirlo. Cada uno de nosotros aspira a vivir el cosmos entero. Nos hemos alzado contra la pasividad de nuestra vida. (¡Si vivimos en función de algo que no somos nosotros!) Obsérvese: el mun-

do entero tiene ahora algo de un enorme hecho voluptuoso. Volvemos al juicio de Heráclito, aquel griego preniezscheano: el universo se asemeja a una bebida agitada continuamente.

F. CARMONA NENCLARES

Instrucción, Cine

En artículo anterior expuse muy a la ligera la conveniencia de crear un Cuerpo ambulante proyector de cinematografía, un Cuerpo con equipos capaces y suficiente repertorio. Mas, como medida provisional, hasta la consecución de suficiente número de salones; hasta que todo ciudadano pudiese cómodamente asistir a las proyecciones. ¡El menor villorrio debe disfrutar de tal medio de difusión de cultura!

También se le deben de otorgar al mencionado Cuerpo determinadas atribuciones. Son éstas:

Tener facultad de todas las cintas documentales, técnicas, de dibujos, noticiarios, etcétera.

Tener, asimismo, sobre las denominadas recreativas, siempre que lleven una enseñanza y no sean amorales, aunque se les haya otorgado en la actualidad el adjetivo de moral.

Este Cuerpo del Estado ha de tender a convertirse en distribuidor además de proyector; por hoy, solamente alquilador y proyector.

Las proyecciones han de efectuarse:

- 1.º En los cines de su propiedad.
- 2.º a) Por medio de equipos sonoros montados sobre camiones.—b) En los cines existentes de propiedad privada.

El primero de los casos mencionados atañe a la sociedad en perfección; el segundo, al camino hacia ella. El apartado b) del número segundo requiere punto aparte.

En gran cantidad de pueblos existen salones cinematográficos, algunos sonoros, siempre, claro, es ventaja sobre los que no tienen ninguna clase de salón. Todos o casi todos, sabido es, no proyectan cintas a diario,

y los días que tal hacen sólo es en su tarde y noche; dejan libres todas las mañanas. En estos cines, por pertenecer a Empresas privadas, casi nunca se proyectan cintas verdaderamente instructivas, ya que los productores falsean la historia, la moral y la misma ciencia, y el particular acepta estas cintas con tal de que le reporte beneficios.

Así, pues, y como medida provisional, entiendo factible, oportuno y beneficioso a la cultura pública obligar a toda Empresa o propietario de un cine prestar sus salones por un número determinado de días—uno cuando menos semanalmente—bajo la responsabilidad de la mentada Sociedad, mejor, Cuerpo, que habría de cuidar del programa, atendiendo las manifestaciones del maestro o maestros locales, y a su vez de la mayor baratura por derecho a entrada—gratuita—tanto a la clase escolar como a la adulta.

Este beneficio al ciudadano componente de la Agrupación no sólo es incumbente al Municipio; también, y como grado máximo, al Ministerio de Instrucción Pública, ya que entiendo que la labor de su ministro no debe reducirse exclusivamente a la escuela, a la que difícilmente puede asistir el adulto, sino que con mayor razón fuera de ella, y más cuando es aceptado voluntariamente por el individuo.

No creo que por hoy un Cuerpo así pueda satisfacerse con la producción nacional, mas sí que sería lo más oportuno.

¡Que preste atención quien verdaderamente debe interesarse!

JUAN ANGEL PERALES.

Valencia, agosto de 1931.

"Pero sin hijos"

Fragmentos de una carta de un lector a Clara Brown

Por un azar ha llegado a nuestro conocimiento una carta en la que un lector, vehemente y ferviente, le comunica al personaje ginebrino de Salazar algunas impresiones. Debidamente autorizados, reproducimos a continuación algunos fragmentos epistolares de esta confesión.

No nos solidarizamos en absoluto con el fermento pasional—disimulado—que late en ellos, a pesar de que hemos escogido los que tienen un carácter menos íntimo y subjetivo.

Si le parece, pues, empezaremos por felicitar al autor por este espléndido, ceñido, sobrio y estricto retrato que de usted nos ha servido. Aun no teniendo el gusto—y el honor—de conocerla personalmente, se adivina el parecido. Tal es la singularidad vital que ha acertado a plasmar. Como en la calle, en la novela, al verla pasar a usted, hemos vuelto la cabeza. Y acaso nos hemos detenido un momento para mirarla. A los pocos minutos, sólo la cabeza, emergiendo entre el barullo de las demás. A propósito: a usted—no me lo niegue—han debido decirle muchas cosas por esas calles madrileñas. Un metro sesenta de estatura es mucha estatura para Madrid. No llega a ser el milagro estatuario de la estética mediterránea (la Bien Plantada mide un metro ochenta); pero para Madrid, ginebrina de un metro sesenta, es un caso. ¿Arranca, quizá, de ahí, su frialdad aparente, alimentada por un secreto fuego? ¿Le ha sido a usted muy fácil mirar por encima del hombro! Y su fuerza ha sido precisamente la naturalidad de esta actitud visual. Le falta a usted pose para ser una estatua, y por esto, a cada instante, en cada actitud, es usted una estatua viva.

¡Cuántas veces, Clara, le habrán dicho a Salis sus amigos que es usted una mujer peligrosa!

Salazar Chapela—tan autor de usted

que ni siquiera lo parece—no nos dice nada de esto. Es quizá su única galantería. Porque no acaba de serlo aquello de que con abrigo y sombrero aparenta usted treinta y cinco o cuarenta años, y sin ellos, menos de treinta. Eso es únicamente—finísimo matiz—el requiebro lustral—deportivo—de nuestra época. Pero aunque Salazar lo calle, nosotros adivinamos lo que le han castigado los oídos a Salis con lo de ¡peligrosa! Y piense usted que cada época tiene su mujer peligrosa característica. La literatura las ha perennizado como palpitaciones del tiempo. Durante algunas generaciones ha sido el fantasma de las pesadillas pasionales, el espectro de las aspiraciones literarias humanizadas, aquella Hedda Gabler—usted, a pesar del abrigo y del sombrero y hasta del lago Lemán, no ha llegado a conocerla—que inmortalizara el dramaturgo Ibsen.

Quizá pudiera afirmarse que nuestra época se distingue por su afán de crear un tipo de mujer peligrosa que, dentro de la frialdad nórdica—las grandes creaciones arrancan siempre de un tópico—sea, en vivo, y para lo eterno, la réplica opuesta y contraria a la heroína ibseniana. Y por esto usted, precisamente por esto, amiga lejana y vecina, representa en la novela de Salazar y Chapela su actualismo. Pero sin hijos es una novela moderna de hoy, gracias a ser real y viva, en ella, la presencia de usted.

Aun sin desconocer todos los riesgos anejos, me atrevería a afirmar que ese peligro de usted, tiene, arrancando de lo vivo, admirable ginebrina, una fisonomía literaria. En fin de cuentas, la literatura que ponemos en nuestras vidas es el grano de mostaza con que pretendemos sazonarlas. Permitame usted que la felicite. Porque, en definitiva, a quienes la juzgan de peligrosa—y créame usted a mí, son legión—, usted los ha vencido con las mismas armas de ellos, las que el concepto literario con que se acercan a la vida ha puesto en sus manos. ¿Me consiente su frialdad especulativa que intente un escarceo exegético?

Esos tales, amigos de Salis, agrupación de intelectuales, pululantes en torno al misterio de lo vital, se esfuerzan—y son, por ello, interesantes y respetables—en crear una nueva estética que, por su parte y sobre todo hasta que han aparecido usted y algunos otros personajes que usted ha metido en la órbita de su vida, no ha sido demasiado pródiga en creaciones. Esta estética—parece mentira que Salis no se lo haya contado nunca!—dimana, en su origen pristino, de una limitación sensorial voluntaria. En resumen: atrofia casi completa de cuatro sentidos

corporales para ufanía y medro de una preferencial hiperestesia del sentido visual. Esta hiperestesia óptica—no siempre óptima—es su base de estilización, su acicate de ensueño, y permítame usted la frase, la delicia suprema de su placer solitario. Con admirable finura, con casi hiriente sutileza, logran así figuraciones bellísimas, pero huidizas y efímeras, impalpables, inaprehensibles, vagorosas, telones de nubes, túnicas de nieblas sin carne de vida, sin mármol de eternidad.

He traído a cuento el jansenismo, señorita, por asociación de renunciaciones ardientes, temblorosas de apetencias—¡oh alma ávida de Pascal!—También en esta nueva estética hallamos lo mismo. Y, por curioso azar, en España, entre nosotros, en estas calles madrileñas que usted inquieta con su exceso ginebrino y libre—¡gracias, Clara, por el claro signo de su gracia!—la nueva teoría estética, en su función activa, parece, al ser definida, una errata del jansenismo, como es una semejanza en su raíz renunciativa. Puede y debe, en efecto, llamarse jarnesismo. Y lo digo en reverencial acatamiento a la eminencia de su pontífice. En este concepto jarnesista usted irrumpe bravamente imponiendo el propio y escueto dictamen de la exclusividad visual. Por esta presencia viva de usted—y por otras gracias también—, las páginas gratas y jugosas de Pero sin hijos son un camino y una lección mostrados y ofrecidos a los nuevos cultivadores de una nueva estética por quien, como Salazar y Chapela, figura, por plures méritos valiosos, entre los más destacados. Desde que usted aparece en la novela (página 103) con su fina silueta esbelta, fría e impasible, hasta que a través de todas las impuestas renunciaciones besa usted maternalmente la frente de Salis dormido (pág. 264),



Tomás Borrás, que acaba de publicar el libro más interesante sobre el teatro, titulado "Tam-Tam".

es usted, al mismo tiempo, la razón y el reproche.

No. Lo más importante no es eso. Lo más importante—se lo escribo a usted en secreto—es crear humanidad. Usted estará, sin duda, satisfecha de haber conservado intacta, auténtica, estricta, su libérrima voluntad de personaje. Pero más lo ha de estar el autor. Usted tiene esta libertad porque existe usted, porque ha sido creada. Su libertad es una facultad suya, pero, como tal facultad, es una fuerza de su creador. Mientras el pobre Salis sufría el rigor prohibicionista que usted, ginebrina y madrileña—¡no vaya usted a creer que estas cosas sólo se les ocurren en Ginebra!—, le imponía, el autor, libre, al margen, frío, con un rigor casi metálico, como diría él mismo, la gozaba a usted plenamente, con sus cinco sentidos. Lamento tener que decirse así, pero es la realidad.

Del brazo de usted iniciamos, por tanto, el retorno triunfal a la plenitud de los sentidos.

—Pero sin hijos—presiento que me replica usted.

Eso es literatura. Eso el autor y usted se lo cuentan a Agustina de Calvo. A mí, no.

¿No recuerda que, por lo menos, una vez, que nosotros sepamos, ha besado usted la frente de Salis maternalmente?

Me gustaría saber lo que, en el fondo de sí misma, opina usted de Agustina.

¿Y de Salazar Chapela? ¿Qué opina usted de Salazar Chapela?

¿Qué? ¿Qué dice usted? ¡Ah, ya! Que puesto en el caso de Salis... Sí. Desde luego, estamos conformes.

¿Qué más? También estamos de acuerdo. El tiempo y el éxito nos darán la razón.

RAFAEL MARQUINA



Alberto Insúa, que acaba de publicar "El amor en dos tiempos", novela reputada por la crítica como una de las mejores del gran novelista.

FOTOGRAFADOS. Frost Gráfico. C.I.A.P.

PRINCIPE DE VERGARA, 42 y 44 - MADRID - TELÉFONO, 57.964.

**RÁPIDOS
IRREPROCHABLES
ECONÓMICOS**

Un encuentro singular

I

Había andado ya algunos kilómetros a lo largo del camino vecinal, y la aldea, la montaña y el gorro frigio de nieve que coronaba una de sus rocas quedaban a mi espalda, como una pesada mochila de viaje, como algo que se hubiera adherido a mis hombros y que llevara a rastras. Mi aldea se quedaba allá, quién sabe hasta cuándo. Volvía a ella para descansar de una emigración de veinte años, y a los tres días, en este anochecer, até mi maleta y salí de nuevo por temor a que su laguna me absorbiera. Iba sintiendo que mis pies se hundían en la niebla, que mi ser ahondaba en algo que llegaría a cubrir muy pronto mis veinte años de pugna interior contra la aldea. Sentía que no era posible renunciar ya al papel que me había designado cuando el amor a los míos se había mostrado impotente para regirme en América. Entonces comenzó en mí esa vida de negaciones que no les voy a referir a ustedes. La cito, porque en esta nueva fuga juega una parte principal desde la sombra. Hasta ahora lo había tenido oculto todo. Puede que, al fin, de un modo u otro, tenga que traslucirse.

Preferí salir con la noche para evitar los ojos de los vallados. En la aldea nadie sabe de esta partida, salvo, claro está, el enterrador, que se pasa las noches arrimado a un Cristo de piedra que hay junto al camino viendo pasar a la gente. Es un hombre rarísimo, del cual les hablaré algún día. Tuve que ofrecerle un pitillo, meter en su mano una moneda de diez céntimos, y decirle: "Ya sabes, Benito: tú no has visto pasar hoy por aquí al hijo de la Loca". El hombre me mostró sus dientes acorazados de tabaco, y yo seguí mi paso en la seguridad de que quedábamos entendidos. La distancia que me separa de la villa, donde podré tomar un coche hacia el mar, es de unos treinta kilómetros. La noche no cierra aquí del todo hasta una hora después de la partida. Al principio hay un camino blanco y algunas casas rebozadas de cal a la orilla que alumbran. Luego comienza un largo tramo compacto de árboles por donde el camino serpea agazapado y cubierto de chapapote. A mi regreso a la aldea volví a oír hablar de las apariciones. Lo había olvidado, lo había negado durante veinte años. Antes de entrar ahora en este camino oscuro hay algo en mí que vacila, como si las luces brujas que me habían hecho ver las leyendas en la niebla no se hubieran apagado aún en la fatantasia. Cuando me ocurre algo semejante, yo digo siempre una blasfemia. Es la única vez que lo hago. Esto me fortalece a seguir.

Claro que en algún sitio del camino hay una taberna donde podré pararme a descansar, puesto que si lo hago en despoblado la llama puede volver a prenderse; pero me he pasado tanto tiempo sentado a la subida de la montaña que, a lo mejor, es demasiado tarde. La taberna puede estar cerrada. Yo no toco nunca a una puerta cerrada, en altas horas, porque no me creo con derecho a molestiar y, además, porque siempre he tenido un no sé qué a esos rostros que asoman a las puertas, entornadas todavía, enmascara-

dos en el sueño. Para distraer la imaginación me pongo a pensar en la aldea, al mismo tiempo que chiflo, o más bien suspiro, cualquier marcha que hace juego con mis pies. Este ritmo dura, sin embargo, muy poco. Por una de esas lombrices de caminillos que salen por una muesca a la carretera ha salido un jinete que, en la sombra, me parece muy voluminoso. Luego me doy cuenta de que mis ojos agrandan los objetos en la noche y pronto se desvanecen las mil sospechas que en un segundo se atropellaron en mí. Pienso que puede ser cualquier feriante. El hombre se ha apeado y me pide candela en un tono corriente, en un tono cualquiera. A continuación toma el jamelgo por la rienda y sigue a mi paso. No habla durante un buen tramo. A veces me parece sentir que una palabra roza sus dientes sin explotar. Por fin me dice simplemente: "Negra noche ¿eh? Supongo que vamos a la villa".

Seguí al paso de este hombre, contestando a sus palabras, sin atreverme a adelantarme o a quedarme atrás. Por otra parte, esto no daría ningún resultado. El hombre continuó hablando de cosas sin sentido ni relación. Decía, por ejemplo: "En este chapapote, en verano, se deben pegar los pies. Los niños cogen esos gusanos de luz y los deshacen para ver lo que tienen dentro. (Vamos, caballito, vamos, no tengas piedad de los cascotes.) ¿Lleva usted mucho tiempo por estas aldeas?"

Contesté afirmativamente, por no romper mi secreto. Dije mecánicamente: Sí, mucho; soy de la montaña.

Pero, como a los dos kilómetros, echamos otro pitillo, y a la luz del fósforo vi bien claro el rostro de mi acompañante. Era un rostro pálido, que yo había visto en alguna parte. Siempre mis ojos conservan un recuerdo cuando no existe ya ningún letrado ni sonido que lo acompañe, lo mismo que ocurre con los Cristos de piedra de las aldeas viejas, anónimos y gastados por los temporales. Mis ojos insisten en que han visto a este hombre en algún lado. Pienso que tal vez ha trabajado conmigo en algún ingenio de Cuba o sido compañero de cuarto temporal en cualquier calle de La Habana vieja. Desde este momento, menos una, dejo sin control todas mis reservas. Sólo me importa ya guardar en secreto mi nombre y mi huida. En cuanto a los motivos, a la esencia subjetiva de mis sentimientos, hubiera querido poder manifestarlos sin comprometer los hechos. Cada vez que pienso que soy un lírico me rebelo contra mí, pero a la larga no me queda sino admitirlo. Esta insistencia a rebelarme siempre contra lo que soy, a no querer ser nunca lo que soy, me ha conducido siempre a muy funestos resultados. A veces pienso que podría reformarme si, por ejemplo, me topara con otra persona igual a mí que lo hiciera, pero no tengo bastante confianza con nadie para sincerarme.

Mi compañero fué creciendo en palabras a medida que nuestra amistad contaba unos minutos más. Caminábamos a paso corto, pisando leve, a fin de que las palabras no perdieran su mensaje, y tratando de que el caballo no las rompiera con sus cascotes. De

pronto, mi compañero se detuvo a mirar hacia una vereda que partía del camino. "¿Conoce usted la taberna del Camino?", preguntó. "Tenemos tiempo; supongo que usted no tendrá prisa en llegar a la villa antes del día..."

II

Llegamos donde la carretera hacía una retirada para evitar el envite del terreno, ofreciendo la grupa negra de su curva a la arboleda de la derecha. Al toparse con la vera de un terraplén recurva violentamente y trepa, para descender en seguida, por la falda de un promontorio simulado. A la bajada, medio oculta entre tramas de hiedras, está la taberna, con un poste vacilante, donde mi amigo amarra con gran trabajo el ramal del caballo. Sólo en esto advierto que no se trata de ningún feriante, que el hombre no está familiarizado con el ramal. En cambio da unos pasos hacia la puerta, que lo semejan a una autoridad de comedia. Ya con la mano en el aire, dispuesta a tocar la puerta, se vuelve hacia mí para asegurarme: "Supongo que no tendrá usted prisa. Podemos entrar a calentarnos un rato."

Dentro nos encontramos con un brasero medio apagado y un gato rojo que enaró el espinazo sembrado de ceniza. La dueña de la casa, una gallega, envuelta en un cobertor de cama, se había asomado a abrirnos y partía ahora unas briznas secas en el fondo del local. Sobre la mesa alumbraba todavía el candil de estufina que, según supe luego, vela allí todas las noches. Es la única señal transmitida al través de las rendijas de la puerta para el caminante que pasa. La mujer prendió lumbre y nos dijo: "Les traeré del gordo, ¿verdad?"

Mi amigo se había sentado frente a mí, muy pegado a la lumbre y meditaba algo con la cabeza entre las manos. Entre los dos ocupábamos casi por completo el cuadrángulo del llar. La mujer desapareció en la sombra y reapareció al poco con un jarro grande y dos tazas de loza sostenidas contra el vientre, mientras que con la misma mano cuidaba de que no se le escurriese el cobertor. A continuación desapareció diciendo: "Cuando quieran más pueden llamar por Jacinta; voy a echarme un rato."

Sentimos cómo la mujer se echaba, a pocos pies de nosotros, sobre una yacija. Oímos relinchar fuera el caballo. Mi amigo rompió aquella presión diciendo: "¿Quiere usted decirme cómo se llama? Necesitamos de nombres para entendernos. Por esta noche al menos, vamos a ser buenos amigos."

La lumbre me lo asemejó más todavía al personaje anónimo que conocían mis ojos. Era como si lo hubiera visto en un espejo. Como si aquella expresión hubiera permanecido por muchos años reflejada dentro de mí sin que la hubieran visto de frente sino mis sentidos ciegos. Como si sólo en espejo fuera posible ver su rostro cuyo sentido trepaba por mí. "Carlos; ése es mi nombre", le dije al rato, bajo la sensación de que descubriría un gran secreto. El hombre me tendió la mano: "A mí me llaman Cosme; pero he vivido tanto tiempo bajo otro nombre, que prefiero el de Rafael. Llámeme usted Rafael; estoy seguro de que podré responder más íntimamente por ese nombre."

Habló así todavía con los labios untados

del vino gordo que nos había traído Jacinta. "Sirvase otra taza", me invitó con una delicadeza extraña; "yo me serviré también. No se ganará nada en precipitarse. Y en un lugar como éste parece que la vida lo pierda a uno. ¡Llega a ser tan penoso, con el tiempo, sentirse en su curso! Usted no ha estado nunca en América, ¿verdad?"

Al llegar a la aldea me había despojado de toda vestimenta tropical. En "mi" casa me encontré un viejo traje de pana que había pertenecido a mi abuelo y unas botas. En seguida me busqué una manta y un sombrero de fieltro, de modo que mi apariencia no disonara allí. Llevaba el propósito de no disonar. De colarme en la aldea sin ser muy notado y quedarme allí. Mi tío Jorge me prestó sus zuecas, herradas y ventrudas, para los charcos. Rafael parece que no se ha fijado bien en mi rostro o me cree algún tísico que va a la villa en busca de salud médica. Me lo confirma en seguida: "Me figuro que en estos pueblos no habrá médicos muy competentes; en su lugar, yo me iría a otro lado, me iría a Cuba. Allí el sol y el mar lo curarían a usted."

"Y usted, ¿usted ha estado en América?" le pregunto. Me contesta en voz baja, apenas audible: "Yo soy americano". Pero rectifica sin dar tiempo a que agregue yo nada: "Según como entienda usted eso... Todo el mundo dice que yo soy cubano. La verdad es que hace veintitantos años que salí de estas tierras. Mi familia, mi madre, no me conocía, naturalmente, y durante los días que estuve con ella permaneció en duda. ¿No ha oído hablar nunca de una clase de hombres que se dedican a presentarse en las aldeas fingiendo ser algún indiano, ausente por muchos años? Mi madre, ya le digo, estaba desconfiada."

Vació la taza, y después de llamar: "Jacinta, Jacinta, traiga usted otra jarra", se volvió violentamente contra mí, con los puños cerrados: "Pero ¿qué le importa a usted eso? ¿Quién es usted, quién? Puede seguir su camino; yo no lo conozco. Y, de todos modos—agregó en tono más bajo—, creo que yo no voy a pasar de aquí."

Tras este acceso se quedó otro largo rato con la cabeza entre las manos, moviéndola ligeramente de derecha a izquierda, como si aquel roce calmara el fervor de su piel. "Comprenda usted, señor Carlos, que no puede uno contar sus cosas a cuanto ser humano se encuentra en el camino. Yo comenzaba a confesarle a usted intimidades que no me atrevo a referirme a mí mismo". Sonrió y dijo mirándose de frente: "Perdone usted".

Jacinta ha traído la otra jarra y se ha vuelto a acostar en su yacija de paja. Ahora, con los ojos acostumbrados ya a la luz del candil y el brasero, puedo verla en su camisa de estopa recogida entre los muslos y el cobertor arrollado a la cabeza. Mi cuerpo comienza a sentirse bien. Ha desaparecido el frío, y aquella carga de mi aldea que se me figuraba gravitando sobre mi espalda ha quedado disuelta. Hemos tomado dos tazas cada uno, y la jarra permanece ahora sobre la tabla como olvidada. "Tenga usted valor", le dije sencillamente. "Aunque sea consigo mismo, uno debe comunicar siempre sus emociones."

Le hablé así porque sólo muy pocas veces había tenido yo ese valor. Por otro lado, el extraño comportamiento de este hombre co-

menzaba a intrigarme. Juzgué que el mejor medio de inspirarle confianza sería seguir en el papel de aldeano. Rafael no se había dado cuenta de que a su forma inteligente de expresarse contestaba yo con una dicción que no era propia de un aldeano neto. Mis palabras no chocaban con su oído. Más tarde me he dado cuenta de que nuestras voces tenían una tan íntima semejanza en el tono que el diálogo hubiera parecido desde afuera un soliloquio. Rafael me miró entonces vengativamente. Su deseo de comunicarme algo que por otro lado una parte de su ser se esforzaba en contener, pareció resarcido ante el convencimiento de que hablaba con un enfermo que acaso pronto desaparecería. Su expresión se cambió muy pronto por otra mucho más tierna y amigable.

“Acaba de tener usted una impresión equivocada de mí, se lo aseguro. Iba a hablarle de mi madre y, de pronto, me pareció que no debería hacerlo. ¿Se da cuenta de lo que es volver a la casa de uno, ver los rostros que uno conoce desde el fondo de los años y hallarse entre seres que no lo comprenden? Usted ha sido traído a mi camino en un momento feliz, y se lo voy a decir: salgo huyendo, ¿sabe usted de quién?, de mi madre. Es el único familiar que me queda, que yo sepa.”

Rafael se levanta, da unos pasos por el piso de tierra, abre la puerta. Entonces vuelve la cabeza, que ya yo no veo entre el marco, y me dice: “Voy a soltar el caballo para que se vuelva; la pobre vieja lo va a necesitar para llevar sus quesos a la feria”.

III

En los pocos minutos que permanece fuera me pongo a imaginarme su historia. Decido, ante todo, ocultarle mi identidad. Si le digo que también yo vengo de América y que voy huido, el drama quedará roto. El fresco del camino lo empujó más hacia el fuego. Yo finjo sentirme amodorrado por el vino y lo miro al través de las pestañas, a fin de no encontrarme muy de frente con su mirada llameante. Rafael se frota las manos y comienza a hablar como consigo mismo.

—Es milagroso cómo a pesar de estar desconfiada me recibió en sus brazos. Ahora yo pienso qué sería si realmente no fuera yo, si fuera un impostor que se presentara en su casa estando yo ausente. Comprendo que el nombre, el largo anhelo en espera de verme, la solicitud en que ella vive... Pero ¿y si no fuera yo? ¿Tiene uno la culpa de que ciertos sentimientos, ciertos egoísmos perduren sobre la tierra? La pobre vieja me recibió, es cierto, con la mayor compostura posible; pero también con el mayor cariño, y esto es lo que no perdonaría si se tratara de un impostor.

—Justamente—digo—; usted estaría también tan ansioso por verla...

—Mi madre se tratanta en quesos, no sé si se lo he dicho. Al morir mi abuelo, el último de la familia, le dejó una huerta y cuatro paredes con techo muy bajo, y allí vive sola desde hace varios años. Yo no la hubiera vuelto a ver si no fuera porque... Pero tendría que hacerle una larga historia. ¿Tiene usted alguna idea, alguna noción honrada, de lo que es un escritor, un poeta?

Rafael ignora, claro está, que también yo escribo, que también yo vengo de América y que he venido a ver a mi madre. Le contesto afirmativamente: “Sí, lo comprendo sin

dificultad; tengo algunas lecturas de juventud.”

—Usted lo comprende. Entonces no necesito explicarle. Pero, además, tendría que saber lo que es un hombre sin fe, lo que yo llamo un hombre sin fe. Entonces se explicaría por qué he vuelto aquí y por qué ahora me vuelvo a ir. Ciertamente, yo no podía permanecer con mi madre siendo yo mismo un impostor. Para estar tranquilo tendría que decirle muchas cosas, contarle mi vida. Como no puedo hacerlo, me voy.

—Pero, Rafael, bastaría con que usted mismo olvidara esa vida. ¿Qué se gana con volver sobre lo andado?

—¡Imposible! Eso, ¡imposible! ¿Cree que no he tratado de hacerlo? No podría sostener por más tiempo la mentira de llegada, que yo había venido tan sólo por verla a ella. Eso me lo acusaba interiormente algo. Al verme se me echó al cuello y comenzó a llorar a gritos. “O meu nenho; o meu Cosme. Xa non te m'has d'ir nunca mais, meu Cosme?” Y yo le contestaba: no me iré más nunca. Pero yo sabía que sólo había venido huyendo de otras cosas... ¿Lee acaso usted los periódicos de Cuba?

—Hace tiempo que no leo nada.

—Si los leyera comprendería por qué he venido. Imagínese usted cualquier cosa; vengo huyendo, simplemente, y como no tenía recurso para ir a otro lado, pensé en que tal vez pudiera refugiarme con ella. Ahora comprendo el error. Comencé a comprenderlo aquella misma noche mientras ella me hervía un jarro de leche con las lágrimas de alegría en los ojos. Luego sacó una botella de miel de la alacena y un pedazo de pan blanco y me lo sirvió todo, junto a la lumbre. Así, tal como estamos ahora. Ella se sentó enfrente y comenzó a mirarme a los ojos y a llorar lágrimas de alegría. Yo no pude terminar la leche. No pude resistir aquella presión que ejercía sobre mí, y me fui a la cama, la única que había en la habitación. Cuando le pregunté dónde iba a dormir ella, me contestó: “No tengas pena, yo no voy a dormir esta noche; mañana ya nos arreglaremos.” Ya le he dicho que es tratanta en quesos. A la

Agonía del cristianismo

por Miguel de Unamuno

5 pesetas

Clap. Librería Fernando Fe,
Puería del Sol, 15.-Madrid

mañana siguiente, cuando me levanté, ya ella había ido a la taberna y a otros lados a buscar golosinas. Todo lo mejor que encontré en la aldea lo traje y llené la artesa con esto. Luego subió al cuarto, en zuecas, pisando muy suavemente para no despertarme. Al verme con los ojos abiertos me preguntó: ¿Dormiste? Vino y me dio un beso en la frente.

Su voz se atragantó y Rafael hizo un violento gesto de protesta. Volvió a levantarse, y, tras unos paseos por el local, viene y se sienta a mi lado. Yo permanezco callado, como tratando de retener el relato y esperando el resto. Rafael me puso la mano sobre el hombro para decirme:

—¿Quiere usted oír una verdad? Yo no estoy seguro de si ella lloraba por sí o por mí. En mis novelas he sostenido siempre la tesis de que cada uno llora por sí. En una de ellas, pensando precisamente en el ansia con que me esperaba mi madre, planteé el asunto de una mujer sola, en un abandonado bohío, que espera al marido que se ha ido a la guerra. La conclusión es que la mujer lo que más anhelaba era dejar de estar sola. Ahora, después de lo que me ha pasado, me siento un tanto confuso. Si volviera a escribir creo que mis obras serían muy distintas a las anteriores.

—Usted debió continuar a su lado; sus ideas terminarían de sufrir el vuelco que se ha iniciado, se me ocurrió decir.

—¡Oh!, no; ¿cómo había de seguir allí? Además, nada tenía que hacer en aquella casa. No podía ponerme a trabajar la huerta y a arrendar tierras, compréndalo. En la noche siguiente, mientras cenábamos, se puso a pensar sobre qué mujer de la aldea me convendría más para casarme. Figúrese usted que yo, por otro lado, estoy casado allá. Se sentó en el llar, me sentó en sus rodillas y me dijo: Cosmito, ahora tenemos que arreglar

La Dirección de LA GACETA LITERARIA recibirá las visitas miércoles y sábados, de siete a ocho de la tarde, en PRINCIPE DE VERGARA, 42 y 44. MADRID

nuestra vida; vamos a comprar una juvenca y algunas ovejas; yo tengo ahí un dinerito guardado para empezar. Fué al cuarto, bajó una almohada, y de entre el relleno de trapos sacó cinco billetes de a cien pesetas y me los dió. Entonces yo me pongo a pensar en esta vida hasta que llego a la conclusión de que no es posible. Pasan dos días más y yo palpo los billetes en el bolsillo, sin saber qué hacer, y por fin decido irme. *Siento que la aldea va ablandando bajo mis pies; que mis pies se hundían en la niñez, que mi ser ahondaba, por minutos, en algo que llegaría a cubrir muy pronto mis veintitantos años de pugna interior contra la aldea.* Algo hacia un retorno por dentro, a pesar mío. Esta tarde, mi madre fué a recoger los quesos por las casas para llevarlos mañana a la feria. Yo comencé a recorrer la casa, esta casa aldeana donde no hay nada. ¿Qué tenía que hacer yo allí? ¿Con quién iba a hablar yo allí? Los vecinos, recelosos, me miraban de reojo. Suponían que venía enfermo. Cuando me besaba, yo me decía: ¿Sabe ella lo que hace? ¿Me lo merezco yo? Decidí que no. ¿Podía confesarle a ella, en medio de esta emoción, que mi verdadero nombre es ya Rafael y no Cosme? ¿Y podía decirle yo quién era Rafael? Compréndalo usted. Si usted se viera en mi caso estoy seguro de que obraría lo mismo.

Al final su voz se iba afinando y dió, como antes, un salto de protesta. Había llegado al punto donde no le era posible continuar. Sonó las palmas y Jacinta surgió ante nosotros. Rafael sacó uno de los billetes de cien pesetas y se lo tendió a la mujer. Luego que recogió el vuelto, me tomó por un brazo y me llevó hasta la puerta, para preguntarme con voz cortada:

—¿Cree usted que he hecho bien? ¿Que debo irme como vine, es decir, como un impostor? Mi madre no tendrá más pena que por el dinero. En cambio, si se lo dejara pensaría que realmente era su hijo y el disgusto sería mucho más largo. Ya le he dicho a usted que se dan esa clase de impostores...

LINO NOVAS CALVO

LA CORRESPONDENCIA PARA
El Robinsón Literario de España
DIRIGIRSE A CANARIAS, 41

LOS VALORES ETERNOS DE LA NOVELA

El arte de E. Salazar y Chapela, con su novela "Pero sin hijos", representa una modalidad nueva e intacta hasta ahora dentro de las nuevas generaciones literarias de España. Hasta "Pero sin hijos", cualquiera obra de joven ha sido obra lírica, lo mismo en prosa que en verso; ha sido imaginación, imágenes y metáforas, en detrimento de lo épico, de lo dramático, y, por consiguiente, de lo humano. No hablamos ahora de calidades: nos referimos genéricamente, en bloque, al fenómeno común, según el cual, todos los jóvenes, altos y pequeños, han procurado, desde lugares muy distintos, dar al arte una sola significación, posibilidad o categoría: la metáfora. De los primores, de las excelencias logradas en esta delicada tendencia son pruebas evidentes nombres como Salinas, Jarnés, Ayala, Alberti, Arconada, etc. No cabe duda que el momento—no sabemos si presente o pasado—de exclusivismo de la imagen ha sido un lindo florecimiento de arte, de arte delicado, de arte en ocasiones difícil, por regla general condenado, sin duda, por su misma exquisitez, a ser la delicia de un público reducido.

Esta posición artística, a base de selección de la metáfora y depuración culta de vocablos y conceptos, no es una creación original. No olvidemos nunca que la historia de la literatura ha recogido movimientos parejos en el siglo XVII: enfuismo en Inglaterra, preciosismo en Francia, marianismo en Italia y culteranismo en España. En el arte, lo original no es obra ni de un genio ni de una generación. Lo que imprime peculiar sustantividad a una obra artística es un conjunto de imponderables matices latentes en todo un siglo. El que los condensa adquiere, en virtud de su gracia, el alto magisterio del ejemplo. En rigor, lo original no existe.

Precisamente por esto—y precisamente por ser de un joven—la novela de Salazar y Chapela aparece, si no en oposición, al menos disidente de la corriente frecuente hasta ahora. "Pero sin hijos" no es la negación de la metáfora, sino la aceptación de la metáfora, si bien subordinando ésta a otros valores, unas veces anecdóticos, otras veces humanos, otras ideológicos, indispensables, según creo, para tejer lo que sin disputa es este libro de Salazar y Chapela; una verdadera novela. Esto es lo que creemos ver crecer, avanzar y perfilarse muy claramente en el panorama de nuestras letras jóvenes: el novelista.

Con abundancia se ha hablado últimamente del género, mucho se ha dicho lo que debía ser una novela; pero es lo cierto que cuanto se ha dicho no hallaba al alcance de la mano, dentro de la literatura nueva, un ejemplo evidente de novela, una novela flameante que apoyase las teorías. ¿Puede ser ejemplo este libro? Creemos que sí.

Se insiste por parte de los más jóvenes y mejor dotados de nuestros escritores—Obregón—, no tanto por concepto como por actitud literaria, en distinguir dos clases de creaciones: arte puro y aquel que no lo es. Para los que esto sostienen, arte puro viene a ser una perfecta creación de fantasía e inteligencia liberada de las solicitaciones circundantes e inmediatas con las que la cotidianidad social nos fronterizan y sujetan.

El valor de perennidad que una obra literaria puede tener faltándole el apoyo de la anécdota social contemporánea no ha sido sin duda claramente percibido. La obra cuyos materiales concepcionales sólo han sido aportados por la fantasía e inteligencia vive únicamente para esa egregia categoría de la actividad del hombre. (Filosofía y poesía son

referencias y punto de partida, génesis y término de un mismo producto: filosofía y poesía.) Precisamente el que la novela haya sido el género literario de más trascendental influencia y de más fabulosa difusión, débese a esa mezcla genial de lo que aporta la vida—la vida oscura y brillante, torpe o inteligente de los hombres—con los que agrega la inteligencia y fantasía del escritor.

Toda novela es un mucho de crónica y por lo tanto un poco de historia. El novelista precisa, al presentarnos sus criaturas animadas de voliciones, darnos el ambiente en que las verosímiles acciones noveladas se producen. (La verosimilitud del suceso es imprescindible en la novela; lo contrario son los libros de caballerías.) Es preciso al escribir una novela bajar de la luna y entablar relaciones con sus contemporáneos. Y esto no es sólo que hay que hacerlo, es que ya lo hicieron Quevedo en "El Buscón", Cervantes en "Don Quijote", el filósofo Gracián, haciendo filosofía, en "El Criticón", y como alto e indiscu-

zar y Chapela una de las cosas más difíciles: la fluidez y la consistencia, la dureza y la facilidad, obteniendo de este modo una prosa esforzada y flexible a la vez, cuya fluencia continua constituye un verdadero don creador.

De todos modos no son estos tres elementos, esas tres fuerzas innegables que integran "Pero sin hijos" lo más valioso, a mi parecer, de esta novela. Creo que lo interesante es el espíritu del autor, presente pero impersonal en cada momento; es la ironía, es la actitud de despegue ante el asunto, los episodios y los personajes de su novela; es su desprecio tácito al mundo poetizado por él. Esta repulsa se hace notar con interesantísima evidencia en la carta que Salazar y Chapela dirige a uno de los personajes de su obra. En dicha carta el autor realiza dos actos muy extraños: de un lado se coloca enfrente de la ideología de sus personajes y desarrolla la más ingeniosa y graciosa teoría sobre los hijos, la fecundidad y la mujer; de otro, hace ademán de purgarse de sentimentalismos para caer en otro sentimentalismo de orden estético, donde la pasión muestra su actitud desgarrada, no obstante la delicada ironía de la expresión. Dicha carta, que es un modelo de ensayo irónico, un ejemplo de prosa expositiva o didáctica, revela tanto

ciudad de Averroes, de quien fué contemporáneo—el 30 de mayo de 1135. Meses antes los almohades habían invadido España, precipitando la agonía de los almorávides. Los pequeños reyes iban entregando al nuevo invasor fortalezas y ciudades enteras; también se le iban sometiendo voluntades. Como el almohade persigue tenazmente a los judíos, Maimónides finge una devota adhesión a los preceptos del Corán, frecuenta las escuelas árabes, aunque—en secreto—sigue cultivando el talmud. Pero la persecución se acentúa y Maimónides huye de Córdoba, permanece algún tiempo en Almería, emigra a Fez, de allí va a Palestina, a Egipto. Acaba por establecerse con su familia, primero en Alejandría y después en el viejo El Cairo. Al morir su padre, Moisés y David—su hermano—se dedican al comercio de piedras preciosas...

No por mucho tiempo, pues en un naufragio, camino de la India, pierde Maimónides toda su fortuna y, con ella, a su hermano David. Entonces resuelve hacerse médico para ganar el sustento, y en los descansos sigue cultivando sus ciencias predilectas: las filosóficas. Da conferencias que acrediten su alta estirpe mental y propaguen su fama, que llega a crecer hasta el punto de conferirle el cargo de médico de cámara en la corte de Saladino. Desde Palestina, un rey cruzado solicita la presencia de Maimónides; quiere conocer al gran médico-filósofo, pero él se niega. "Desde 1175—apunta Ballesteros-Beretta, de quien utilizamos buena parte de estos datos—sus dictámenes rabínicos forman jurisprudencia. Es presidente del Colegio rabínico de El Cairo y su labor incesante hubiera agotado a un temperamento menos vigoroso." Muere el 13 de diciembre de 1204.

Vida admirable, tan nutrida de historia externa como de inquietudes del espíritu. Sus muchas vicisitudes no le impidieron realizar su magna labor filosófica. Escribió el "Libro de los preceptos", el "Tratado de la resurrección de los muertos", un "Compendio de Lógica"... Pero su obra fundamental—escrita en árabe y traducida al hebreo, al latín, al alemán, al italiano, al francés...—parece ser "Guía del atribulado" o "Guía de descarriados", según la versión española que acaba de aparecer, realizada por José Suárez Lorenzo. De esta obra escribe Karl Vorländer: "Quiere—Maimónides—mostrar a aquellos que han perdido la fe por el estudio de la filosofía cómo pueden recobrarla de nuevo por medio de la ciencia." Constituye el libro una verdadera suma teológico-filosófica del judaísmo. Un prodigioso esfuerzo por llegar a una perfecta armonía de los dogmas teológicos con la razón.

Porque Maimónides—dice Ballesteros—"es ante todo un racionalista; interpreta la Biblia con una libertad que escandaliza a la Sinagoga; admite la revelación, pero a través de la ciencia; su erudición es sólida y amplia". Era en su tiempo un insigne representante de la inteligencia. Su "Guía de descarriados", vertida correctamente al español, obtendrá de doctos y curiosos una grata acogida. Es una obra perennemente actual. "El pasado filosófico no es nunca definitivamente pasado, sino que perdura vivaz y activo en la ciencia presente"—ha escrito José Ortega y Gasset—. "Guía de descarriados", por su alta calidad de obra filosófica, es, pues, una obra actual. Agreguemos que hay asimismo en ella minuciosos estudios del lenguaje, buceos magistrales en los más enmarañados problemas teológicos: los atributos divinos, el origen del mundo, la naturaleza angélica... Es un peregrino transmisor de doctrinas recibidas tanto como un incansable elaborador de pensamientos originales, que Alberto el Grande y Tomás de Aquino conocieron y glosaron, como toda la Edad Media intelectual.

BENJAMÍN JARNES

Acaba de aparecer:

"La bella y la fiera"

Por R. BLANCO-FOMBONA

Una novela interesantísima, fuerte y violenta, cuyas páginas admirables reflejan con inusitado vigor el ambiente y los hechos de las tiranías americanas

5 pesetas

C. I. A. P.

Librería Fernando Fé, Puerta del Sol, 15.—MADRID

tible ejemplo de crónica, localmente ceñida, "La Celestina". Si una novela pasa a la posteridad es porque en ella queda sublimada la realidad social de su momento. De aquí derivó que "Pero sin hijos" es novela de esencia perdurable, ya que reúne y pondera las exigencias ineludibles para ser la auténtica expresión del ambiente de su tiempo.

Salazar y Chapela no llega a la literatura de la calle directamente, pero tampoco, ni exclusivamente, del laboratorio, de suerte que su obra, su plan artístico, tiene ese doble sabor fuerte, humano y literario, vital y erudito, que caracterizó siempre todo libro de envergadura consistente.

Por eso podríamos diferenciar en su gran novela tres elementos valiosísimos que contribuyen a dar firmeza y densidad a su libro. Es una la anécdota, el asunto, pretexto logrado con moderna inventiva, que le permite despertar el interés del lector y llevar a éste, a fuerza de curiosidad, por un camino muy accidentado de episodios. Es el otro elemento, dentro de la anécdota, los personajes, la creación de tipos eminentemente humanos, algunos, como el protagonista y Clara Brown, recortados hasta lo inverosímil, llevados como hacia Dickens, Galdós, Flaubert—todos los genuinos novelistas—a sus líneas extremas, a su perfil más raro y diferencial. Y es el último elemento, pero quizá el primero del libro, su estilo. En éste ha logrado Sala-

el espíritu del artista como las anteriores nutridas páginas de la novela. En aquella ironía creo ver lo más interesante y también lo auténticamente español de Salazar y Chapela. Su humor no es inofensivo, no es ingenuo o benévolo; es hiriente, es cruel. Páginas se leen donde las expresiones del autor acogen a los personajes; hay momentos tiernos o temperamentos delicados, expuestos en un tono de burla que recuerda la impiedad y rudeza feroz de nuestra mejor literatura castiza. Sería esta impiedad eso, casticismo puro, si Salazar y Chapela no rodease su libro de una gracia y una flexibilidad cuya molición creemos hallarla en el origen del escritor: en una sensualidad genuinamente andaluza.

JÓRGE RUBIO

Maimónides

España reedita sus libros más ilustres. Ahora aparece "Guía de descarriados", del filósofo hebreo Moisés ben Maimón, conocido generalmente por Maimónides.

Recordemos rápidamente los principales rasgos de su vida. Nació en Córdoba—en la

Política y revolución

1. La política siempre es mala, esencialmente mentira. Nada más tendencioso que la política. Lo es cuanto busca un fin. Y desde el momento en que se persigue un fin, todo ha de sacrificarse a él. De aquí lo censurable de la política, desde el punto de vista de la honradez y la verdad. No lo es como instrumento de combate, de lucha, de defensa o de conquista. De igual modo que un puñal es bueno para herir al prójimo, aunque malo en sí mismo, así la política es necesaria como arma, pero en sí moralmente mala. De todos los hombres, los que adquieren hábitos morales más insalubres son los políticos. Pierden, sobre todo, el hábito de razonar verazmente y de aproximarse a las cosas con sinceridad, por amor a ellas mismas, desinteresadamente. Al político no le interesa nada fuera de su propio interés. Ahora bien: la política no se circunscribe al gobierno, a los diputados, ni al parlamento. Ellos vienen a ser los lugares comunes de la política, pero también se hace política sin ellos y aun contra ellos. Basta que se forme un partido y alce bandera, y—aunque actúe fuera de los lugares comunes de la política—el también hará política, esto es: mentirá, simulará, antepondrá su gregario egoísmo a otro interés más alto, carecerá de pudor, respeto y delicadeza para cuanto no sea el fin que persigue. En suma: actuará políticamente. Por otra parte, todos los hombres agarráramos el arma política cuando traemos entre manos algún negocio. (Y quien esté limpio de pecado que arroje la primera piedra.) Puede hasta utilizarse la política para un buen fin, para una buena causa; pero siempre será como el que, puesto en trance de defender su vida, esgrime un cuchillo. Hasta puede la política vestirse en ocasiones de honestidad y pudor, mas por conveniencia, nunca por amor desinteresado a tales virtudes. Ciertamente es a veces la mejor política, la gran política, y, no cabe duda, también la más honrada. Mas no por ello la reputemos la única, ya que su valor está en el éxito. "El fin justifica los medios"; tal es el alma de la política. ¡Dichosos los que no tienen que recurrir a ella! ¡Y no sería preferible—nos preguntamos—perecer antes que echar mano de un arma tal? Pero hay causas que tenemos que defender, deberes que nos exigen afrontar el peligro del crimen, el fraude y la mentira. ¡Ay!, este argumento—sagrado—también lo utilizan los políticos políticamente. ¡Mucho ojo con él!

2. La política manda siempre.—Se corresponde, más de lo que parece, la ciencia con la política. Una nueva política crea una nueva ciencia, porque siempre es la política la creadora, no al revés. La política democrática—del *quantum*, de la *masa*, del pueblo, del *montón* de inertes unidades—crea la ciencia de los hechos—que son *masa*, pueblo y montón de suprema inercia—, la ciencia *positiva*; esto es, democrática. Por el contrario, una política directora, de suprema energía individual, oligárquica, aristocrática, producirá ciencia especulativa, filosófica o vitalista. La política democrática segregará ciencia materialista; la política aristocrática, ciencia espiritualista. Artes, costumbres, modas, maneras de ver la realidad (y no digamos educación y sus métodos, la más pragmática, la menos generosa actividad humana), todo se impregnará del alma de la política imperante y su ciencia.

3. ¿Un partido? Bastardía, mentira, intolerancia. Un hombre honrado no puede entrar en ningún partido. Sea el que sea, éste es un atentado al pudor, a la verdad, a la libertad, a la justicia, cosas todas que no prosperan en la pocilga de los partidos. ¿Desaparecerán alguna vez estos vergonzosos e inhospitalarios cubiles? ¿Llegará un día en que el individuo sospechoso de partidismo perezca aplastado bajo el peso abrumador del desprecio público?

4. ¿Habrán razas nacidas para la esclavitud como hay hombres—de alma servil—nacidos para la servidumbre? Así como unos sirven para mandar, otros son útiles para obedecer. De la propia suerte hay razas señoras y razas siervas. En tal caso la esclavitud sería una institución necesaria, lícita y moral. (Además—aquí en voz baja—, ¿la esclavitud no hace a los señores?)

5. ¿Acaso es regocijo el canto que al trabajo manual acompaña? ¿Alegria física? ¿Ocio espiritual? Más bien pudiera ser el aturdimiento del esclavo, el canto con que la servidumbre mitiga la crueldad de su condición. Acaso haya trabajos de mano en que el canto sea una expresión venturosa. Pero en la mayor parte es como embriagante droga con que adormecer la rebeldía, armónico bebedizo que narcotiza y hace olvidar.

6. Abrir al viento de la libertad los aposentos del hombre—asmáticos aposentos sofocados por todas las tiranías. Como el misero se acostumbra a su miseria, el esclavo llega a gustar de su esclavitud. Envilecido en su cómoda servidumbre, teme al peligro responsable de la libertad. Tumbado en las tinieblas le espanta el alerta del sol que alumbra su ventana.

7. Eliminación de la familia.—Para una sociedad no es indiferente, ni mucho menos, la solución que se dé al problema sexual. Esta cuestión condiciona la sociedad misma. De aquí depende su íntimo acuerdo o su íntima discordia. En suma, la robustez de su existencia. Sociedades hay basadas en el sólido núcleo familiar, sin el cual perecerían. Pero también puede haber otras a quienes sea altamente peligroso este inquebrantable peñas-

co familiar. De éste necesitan las culturas de tipo feudal o individualista, porque justamente su organismo encuentra en la familia un invencible reducto. Pero, en cambio, en culturas más sociales y comunistas (y esto ya lo advirtieron Platón y Campanella en sus célebres utopías), la existencia de la familia no sólo puede ser un rodaje inútil, sino, lo que es más grave, un corroyente elemento de disolución, un antagonista enmascarado contra la colectividad. Una sociedad comunista no podría sostenerse en pie llevando en su seno, como un cáncer roedor, la institución de la familia. En este sentido puede estimarse el nuevo rumbo hoy iniciado, y cada vez más creciente, en el aspecto sexual, como uno de los más fatales síntomas de transformación del mundo contemporáneo. Las nuevas costumbres disolventes del matrimonio—que le convierten por ahora en la más cínica ficción—, así como el plan de impudicia descarada que impera entre los sexos, no marcha acaso hacia la instauración de un régimen canino amoroso, por repugnante que sea, sino que acusan ciertamente la putrefacción de un régimen social en el que ya fermentan gérmenes de una nueva existencia. Esos buenos burgueses que se entregan cada vez más a una vida sexual indecente y desvergonzada, no dejando al núcleo familiar más soporte que el indispensable acorazamiento económico, forman, sin saberlo, en la vanguardia de una alboreante sociedad comunista. Muchas de las apariencias sociales de la sexualidad y de la paternidad del porvenir se bosquejan ya en diversas costumbres e instituciones del día, como, por ejemplo, la formación absolutamente extradoméstica de la infancia—privativa por sus exigencias económicas de las clases pudientes—, la cual deja a los padres en plena capacidad de trabajo y contribuye a destrabar la personalidad. Ahora bien, en una sociedad comunista, los hijos lo serán, antes que de sus padres (acaso perfectamente incógnitos), de la república; lo cual quiere decir que la familia, el matrimonio y toda cristalización oficial de carácter sexual, por efímera que sea, habrán dejado de existir. El paternalismo del Estado, celoso de los hijos, desde el prenatalicio, será indiferente a la solución que personalmente dé el individuo a su problema sexual, pues éste se emplazará en su verdadero plano, o sea (salvo en lo higiénico) en su intimidad más honda. Los hijos, las generaciones, son lo importante en esta organización verdaderamente paterna, y es por ellos por los que el Estado no ha de chocar con núcleos de familia, cuyos intereses propios, pedernalinos, convergerían contra el Estado familiar. Así, como el soporte del feudalismo son tales núcleos, con los que

se forma un conglomerado y no un verdadero Estado, para el comunismo constituirían congelaciones y petrificaciones peligrosas, osificaciones y glaciaciones que obstruirían su cálida fluencia indivisa. El comunismo consiga de este modo captar intactas y cuantiosas para el bien común las energías personales, sin que hayan éstas de entablar una angustiosa pugna entre opuestos intereses legítimos, como acontece en un Estado feudal. Eliminado el gran elemento de discordia entrañable que es la familia—comunidad minúscula y hostil, dentro de la grandiosa comunidad—, el individuo canalizará espontáneamente su entusiasmo, su fe y su ambición en un solo sentido, el interés público (hoy se mezclan suciamente en la sociedad intereses públicos y privados que entonces correrían limpiamente cada uno por sus propios cauces) identificado con su propio interés por una situación de hecho. Este *monoteísmo* del Estado despeja el Olimpo comunista, reduciéndolo a la presencia de un solo dios a quien servir (siempre hay que servir a algo, la vida es una continua *prestación de servicio*) y no dos señores como antes—primero la familia y después la comunidad—. Si se pregunta qué sería (no del matrimonio, que hoy sabemos todos es una fermentada realidad, histriónicamente rotulada) si no de la monogamia en semejante cultura, échese de ver que no se la combate en modo alguno. Antes al contrario, se la procura una vía ética y espiritual—no legal ni ficticia—, por la cual puede llegar a ser la realidad moral que no es hoy, corroida ella también, en su incondicional libertad interna, por los intereses de la familia y los hijos. Si la monogamia no es un sueño (se trata de un ideal, y como tal, nobilísimo), sólo puede esperarse su triunfo en un estado en que el hombre y la mujer se miren libres de espúreos intereses.

8. Tres quimeras sociales de parecida catadura se sueñan en *La República*, de Platón, *El Estado del Sol*, de Campanella, y *La Utopía*, de Tomás Moro. Las dos últimas acentúan marcadamente su carácter comunista. Sobre todo, Campanella. Este concede la dirección de la sociedad juntamente a los intelectuales y a los obreros, distribuye el trabajo según las aptitudes de cada uno, asigna al ciudadano aquello que gana y necesita, considera que la extirpación de la ociosidad hará descender la jornada a menos de cuatro horas de labor, quedando libre el resto del día; condena la propiedad privada, asimismo la morada y la vida familiar (egoístas y adversas al amor de la patria) y regula los matrimonios fisiológicamente para producir generaciones físicas y moralmente mejores.

JUAN VILLA

Obras escogidas de

SALVADOR JACINTO POLO DE MEDINA

X VOLUMEN DE LA SELETA COLECCIÓN «LOS CLÁSICOS OLVIDADOS». ESTUDIO, EDICIÓN Y NOTAS DE JOSÉ MARÍA DE COSSÍO

CIAP. Librería Fernando Fe, Puerta del Sol, 15.—Madrid

LLAMA DE CERA

Por CONCHA ESPINA

5

pesetas

ESTE GRAN LIBRO, ÚNICO POR SU ESTILO, CONTIENE TRES NOVELAS ADMIRABLES, INTERSANTÍSIMAS DE LA INSIGNE ESCRITORA MONTAÑESA

Ciup. Librería Fernando Fe, Puerta del Sol, 15.—MADRID

VIDA Y LETRAS

LA HISTORIA DE ALJOXANI

Caides cordobeses.

Desde que se afirmó en el Emirato español el primer Omeya—corría el año 134 de la Hégira, y el 756 del nacimiento de Jesús—hasta poco después de la muerte del segundo de los completos califas, Alhaquen ben Abderraman ben Muhamad ben Abdalla—“emblema de las virtudes y estandarte de las buenas acciones”—hubo en Córdoba cuarenta caides o jueces. Como en Elvira, como en Sevilla, como en Mérida, como en Sidonia, la capital del Andalus tuvo un juez propio, igualado en jerarquía profesional a los demás caides, pero ornado con preeminencias honoríficas, por serlo de la ciudad califal, “centro de la Comunidad musulmana, mina de virtudes, depósito de las ciencias, capital del mundo”.

El juez de Córdoba sólo entendía y sentenciaba en los asuntos civiles. Los actos criminosos juzgábanlos funcionarios especiales: el *zalmedina* y el *zabazoque*, inferiores a aquél. Aparte existía el caid de los caides o juez de las injusticias, donde se entronca—según la alta autoridad del arabista don Julián Ribera—el Justicia de Aragón: tesis discutida y censurada en la Historia del Derecho español.

Es curiosa y sorprendente la sencillez con que se administraba la justicia entre los hijos del Profeta, y más si se recuerda el complicado aparato y la ostentación formularia de la Curia en la España romanizada. Sencillez compatible con la autoridad, el respeto y la consideración de que estaba revestido el juez de Córdoba, quien, a más de resolver los litigios, era el patrono de los legados pios de la ciudad y jefe, por delegación califal, de la oración solemne en la mezquita Aljama.

Podían desempeñar su curial función—atemperada a la ley coránica y a la Zuma—ora en su casa, ora en cualquier mezquita. Bien que ordinariamente lo hicieran en la Aljama. Sentado en un rincón de aquel bosque de columnas marmóreas, acudían ante el caid los litigantes, previa citación judicial. Demandante y demandado exponían oralmente hechos y razones. Seguidamente se procedía a la prueba. Y cuando el juez estaba bien penetrado del asunto, resolvía en sentencia: firme e inapelable.

Era escaso el personal de la Curia. Se componía de un secretario, los *adiles* o testigos abonados, los *sayones* o alguaciles y los procuradores o abogados, de cuyos servicios utilizaban aquellos que por su elevación social o por otras razones estaban dispensados de asistir a juicio. Como Cuerpo consultivo tenía el juez de Córdoba los *mufties*, *faqihes* intérpretes de la ley, ante quienes exponía los casos dudosos o de difícil resolución, no causando extrañeza que se resolvieran intrincados pleitos conforme a un criterio de equidad, sin precedentes legales.

El procedimiento era sencillo y breve. Algunos jueces fueron amonestados por su rapidez y demasiada diligencia en tramitar y resolver los asuntos. Suplía la conciencia, en muchos casos, a la ley. Por eso, más que a las cualidades intelectuales, a la pericia leguleya y al saber general, se atendió a las virtudes morales para el nombramiento de los jueces cordobeses: integridad, veracidad, energía, firme sentido de lo recto, prudencia, laboriosidad. La vida del juez de Córdoba era sencilla, llana y discreta.

Granadas zafaríes.

No hay árbol como el granado. No hay fruto como el fruto del granado. Justeza en todo: figura, tamaño, color, suavidad, peso. Por dentro, la granada es un sabroso tesoro. Los cogollos de sus granos embriagan la pupila con su granate encendido. Están henchidos del zumo ambrosíaco: limpios, frescos, nítidos, en deseo frenético de ellos la boca limpia y sensual.

Es por demás sabido que la raza musulmicista aclimató en los huertos españoles frutas de exquisitez: la enmielada caña de azúcar, el aguanoso y carnal albaricóque, la naranja embriagante, la morera, el limonero, el granado... Aquellas gentes que acudieron, tras las hordas berberiscas de Muza, con su tolerancia, transportaron el gusto refinado, los usos suntuarios. Acudieron a la nueva tierra de promisión familias de la Siria, del Egipto, de la Arabia: corazón musulmán. No eran muchas, pero compensaba su inferioridad numérica lo elevado de su alcurnia corporal y espiritual. Gente limpia y amable, con el paladar refinado y el estilo de las razas cultivadas en el ocio. Transformaron la ruda culinaria visigoda—carne pasadas por el asador—a base de confituras y almíbar, frutas y legumbres.

Entre los frutos importados, el granado zafarí, con sus granadas lucientes, verdisonrosadas, tersas, de granos sin huesos, henchidos de zumo, azucarosos, como rubíes tallados en orfebrería hebrea. Escuchad la historia:

Aquel primer vástago que reinó en la España musulmana, descendiente de los Omeyas vencidos y exterminados en Damasco tras su odisea africana, sentó sus reales juveniles en Córdoba la sultana, realizándola y embelleciéndola como a una novia. Envío al sabio Moavia—primer juez cordobés de nombramiento califal—a Siria, donde creía en desamparo a su hermana Om Asbag. Pero ella no quiso trasladarse a Andalucía, contestando al emisario de la sabiduría y del poderoso califa: —“Yo ya me he hecho vieja y no está muy lejano el día en que haya de dar cuenta a Dios; no estoy en disposición de atravesar mares y desiertos; me basta con saber que Dios ha colmado de beneficios a mi hermano.”

Cuando Moavia tornó a Córdoba presentó al monarca los regalos que sus amigos le habían entregado en Siria. Entre ellos venía una rama de granado. Los contertulios de Abderraman se pusieron a hablar de Siria, manifestando la nostalgia que sentían al recordar su país natal. Había uno que se llamaba Safar, el cual cogió la rama de granado, la plantó y cuidó muy bien hasta que arraigó y pudo dar fruto. El granado que hoy se conoce—concluye el narrador de historias—con el nombre de *assafari*, tomó el nombre de ese Safar.

Ese granado, cuyo fruto preciado y precioso es un exquisito símbolo. Yo veo representado en él la imagen de la mujer andaluza, de la mujer española, aún fluyente por sus venas la sangre árabe. Es su tez como la corteza de la granada: cera, limón y rosa, una cera limpia, fina, purificada; un rosa encendido y granate; un limo de verde luna, fusionado en una milagrería de la Naturaleza. La tersura y suavidad de su piel es granadina. Su carne, maciza, dulce, aguanosa y sensual, semejante al fruto de Safar.

Pero la semejanza mejor, ¿no está en la preparación para conseguir aspirar su secreto carnal?

Poco a poco, con extremo cuidado, hay que ir desgranando el fruto, evitando mancharse, que no salpique el zumo, que no se malogre. Lentamente, con cuidado exquisito, hemos de ir desgranando las palabras en los oídos, atentos ante el misterio, de la mujer que llena nuestros sentidos. Poco a poco, arrancando los granos de su alma y de su carne con nuestras palabras insinuantes y sedientas, con nuestras miradas pulidas y deseosas, hasta que, bien desgranada, conseguimos aspirar toda la frescura y dulzor sin empalago de su fruto, calmante de nuestra ansia, como el del grano safari, en un bocado aguanoso y recio.

Colofón.

Llena de sugerencias glosadoras está la *Historia de los jueces de Córdoba*, de Aljoxani, hace unos años puesto en romance su texto árabe por don Julián Ribera, maestro de orientistas españoles. Desfilan por

el anecdotario histórico de Aljoxani cuarenta varones curiados, “ilustres por su vasto saber, su tolerancia, su agudeza de ingenio, su sagacidad en penetrar en el fondo de las cosas, su correcta firmeza en la resolución, su probidad en la conducta”.

Libro que es un alegato más de la superior civilización árabe, desdeñada por desconocida, y de la influencia oriental en nuestro derecho, aun a falta de comprobación. Ello ha hecho afirmarse el prejuicio de la romanización absoluta de nuestro régimen jurídico; que si es la primordial, no deja—como en la total cultura hispánica—de abrir brechas considerables el elemento árabe, germano y judío.

Problema que está en pie, en espera de defensa y resolución, contradiciendo las supuestas de la escuela tradicional, revivida últimamente por Menéndez y Pelayo, y cuya muestra más elevada es, hasta la hora presente, los estudios de ese bizarro cura, don Miguel Asín, con sus estudios sobre el arabismo místico, filosófico y teológico.

FRANCISCO VALDES.

“TAM-TAM”

por TOMAS BORRAS

Un gran libro ilustrado por BARRADAS

15 PESETAS

CIAP. Librería Fernando Fe. - Puerta del Sol, 15. - MADRID

TRANSMUTACIÓN

Rafael Pérez Barradas-Emilio Más

Del libro en prensa
“Acrobacias”.

He concurrido hoy a la exposición de las obras del malogrado pintor compatriota Rafael Pérez Barradas. ¡Pobre artista! ¡Qué pintor se ha perdido en el declive de los intentos sin órbita! He sentido pena ante esta demostración gráfica de la enfermedad espiritual de este hombre de pupilas veladas. Sus amigos, los sacerdotes del arte nuevo, hablaban de su dolencia física, de su tuberculosis mortal. ¡Profundo error! Pérez Barradas fué sofocado por la niebla con que quiso envolver, aislar, empañar su alma de viajero. Lo conocí hombre fuerte, joven y ágil como un gimnasta. En 1913, en el teatro de una ciudad de provincia, lo vimos hacer retratos relámpagos, al carbón, para entregarlos, sonriente, a un público frenético de aplausos. La vida, más tarde, lo llevó a tierras lejanas y, desde entonces, fué un hombre solo, perdido en la bruma de su sueño. Es que iba hacia el misterio; no hacia la luz. Y su espíritu se quebró en el juego de colores y trazos desvanecidos. Tal su destino. Ahora que pienso en él, recuerdo a Emilio Más. Tragedia distinta. Era un enfermo físico que tenía el alma clarísima. Español, condiscípulo de Joaquín Sorolla, llegó un día a nuestras tierras encantadas. Poco después el cerebro lo traicionó. Pero el cerebro solamente; la masa, el nervio, la materia toda; lo visible, lo palpable; lo que se rompe en

pedazos como un cristal caído. El espíritu siempre lo tuvo luminoso. Huésped mimado de un manicomio, pintó cosas admirables; nunca perdió la visión clara de las realidades que se viven. Los hombres, los compañeros de infortunio, desfilaron ante él como modelos perfectos en el movimiento anatómico del esfuerzo dramático de la vida. Y eran también de la vida las expresiones y los gestos múltiples. No se le trizó en geometrías absurdas una sola línea de su lápiz; nunca transformó el color en un amasijo de pomos derramados. Es que por la grieta luminosa de su espíritu tenía la vigilancia suprema de lo que no había perdido aún. Pero la carne lo venció en un invierno crudo, cuando también Pérez Barradas—nuestro enfermo espiritual—libraba la batalla definitiva con las sombras de su sueño trágico. Y se fueron casi juntos, con la consigna amarga de no encontrarse nunca. Uno, con el cerebro desgajado, fué hacia la luz por el camino del espíritu; el otro, con el alma en niebla, hacia el misterio por el camino de una asfixia brutal. En esta hora de revelaciones absurdas, de arte falso y pequeño, el contraste que marcan estas vidas dulcemente tristes da la sensación de un juego diabólico del destino. ¿Qué fuerza oculta realizó esta dolorosa transmutación de esencias?

RÓMULO NANO LOTTERO

Uruguay-Montevideo, 1931.

ESTAFETA DE AMERICA

Un novelista del trópico

Mariano Picón Salas es el novelista más representativo de la tragedia civil de Venezuela. Sin la intensidad ni el patetismo de Pocaterra, el terrífico relator de peripecias dantescas y de tragedias brutales, lo aventaja por su técnica nueva, por su concepto audaz de la novela, por la raíz poética de su prosa.

La literatura venezolana es tremendamente romántica. Ni el propio Pocaterra se desprende de tal caparazón, que le da un colorido arcaico a muchas páginas que salvará el hondísimo acento doloroso. Nadie se escapa en Venezuela del imperativo civil. Colombia está llena de venezolanos, hasta el extremo de que en Cúcuta, pueblo fronterizo, hay más deportados voluntarios o reales que habitantes nativos. En París se hallan los criollos de abolengo, los rígidos "patiquines", en cuyos cenáculos pontifica sobre mundología la señora Teresa de la Parra. Por fin, en el vasto continente americano, sobre todo en las universidades yanquis, permanece la flor de la juventud venezolana al aguante de la tierra abrumada por el despotismo más brutal que recuerda la historia.

Picón Salas, nuevo Ulises de cultura humanística, experimentó la odisea que en su novela entrega más de un secreto nativo.

Ha preferido para hacerla una nueva técnica de planos superpuestos, donde, poco a poco, se justifica históricamente el advenimiento de Juan Vicente.

Primero fué Venezuela un sitio de portuarias luchas, hasta que un régimen civil conservador, de hombres letrados y juriconsultos, reemplaza a los padres de la patria. De paso diremos que, en América, los padres de la patria fueron tentados por la autoridad y solían terminar sus días como arbitrarios mandones que se colocaban bandas presidenciales sobre los andinos ponchos y los raídos uniformes que marcó el balazo español.

Picón explica admirablemente la manera propia de su libro, al decir, en el prólogo, que le agradaría verlo leer "dentro hacia afuera". Y eso es lo mejor que podemos hacer al penetrar en esta apretada área de pasión, cuya fibra americana es inconfundible. Picón prefiere a la crudeza y al dramatismo tendencioso de Pocaterra, romántico de origen como su actitud vital, una postura que podría definirse como la *geografía lírica del trópico*. Los planos del relato suceden en tal forma que llegamos sin sentirlo al riñón político y a la medulosa pasión del cuadro inicial.

Relación con las Antillas tiene algo barroco, propenso al costumbrismo, pero

sin el costumbrismo. Ahí sacan su genealogía los personajes. Se avivan estampas valleinclanescas en unos parajes donairosos, con finas palmeras y criollas aguitarradas. Lo negro tiene un colorido donoso, que Picón aprovecha con su avizor sentido de las proporciones. Es subjetivo y poético. Hincan sus raíces y logra atisbos certeros en el preambiente de los postreros relatos. Va justificando con el doble instinto del artista y del literato lo que vendrá después: el drama civil, el desplazamiento del criollo rico y letrado por el soldadote andino, de amplia ruana y de sombrerón agresivo.

Nótase en el relato primero un dominio de la técnica novelesca que destina a la narración de todo lo episódico, de cuanto signifique anécdota manida, abuso del costumbrismo, simple dependencia a las tres unidades clásicas.

La geografía lírica tiene allí su lugar. Se combina finamente la referencia pintoresca, el dominio de lo histórico y hasta la geografía humana, *verbi gratia*: "la evocación de Cartagena", con su larga sequía y el inaguantable calor; Río Hacha, ciudad campamento, poblada con improvisados edificios; Saint Thomas, islote de contrabandos, y el Caribe, con su prodigioso contenido, sus alevos enfermades y sus recuerdos piráticos.

En tiempos federales surge un poeta sugerente que evoca tiempos muy duros de la Venezuela republicana, ya semi-ahogada entre los militares fotutos.

El estilo de Picón cobra allí ese acento tan suyo, mezcla ardiente de trópico sanguinoso y de firmes disciplinas clásicas. Un adjetivo valleinclanescos aparece al lado de cuatro líneas sobrias como una visión de Humboldt.

"Tintinean sobre el pavimento, afe-rrallan el pavimento, las grandes espuelas del viejo Juan Araújo. El viejo Juan Araújo viene arrastrando su cobija paramera, alto y barbudo como la montaña, seguido de sus diez hijos, a pedirle justicia al presidente del Estado un día de 1882..."

Nuestro novelista busca el color y hace incursiones en la botánica. Evoca la malagueta, la vainilla y saca partido del frondoso mundo tropical con sus variadas aves y sus inagotables arbustos.

¡Cuán sincero es el tono de este relato, que se tiñe de dramatismo o se desvanece en íntimo fervor patriótico! El alevé criollo saca su cabeza hirsuta y contrasta con esas doncellonas católicas y solteras, que huyen de la furia federal. Bien graduada la emoción entre el paisaje llanero y el primer paisaje andino. Entre estos dos paisajes, en pugna, con dos climas y dos actitudes vitales, parece girar, en ocasiones, la historia de Venezuela.

"Entre andinos y llaneros como el "pinto" y el "paro" de los arrieros que se encuentran en el alto de la cues-

ta, se desmontan, se afirman el puñal en el cinturón y extienden sus dados sobre la cobija, como en un tapete; se había echado a rodar nuestro destino civil."

Picón trasiega en el habla popular, vibrante de contenido tendencioso. Busca su intención, labra vocablos finos y saca adjetivos de una americanidad capaz de convencer hasta a los tozudos críticos parisienses de Chile.

"La piedra montañesa es más firme y hostil. Los hombres, "más reconcentrados."

En dos palabras: se crea un paisaje psicológico.

La casuística andina es terrible. Una revolución se llama "hacer una travesura", y matar a un enemigo político "despachar el asunto". Las montañas de Venezuela están llenas de estos sumarísimos episodios que despueblan de adversarios y hacen tremolar el machete como único principio indiscutible.

De repente salen a relucir los cuchillos. "Cuidado: lo perjudico con el palillo de dientes", dicen a los pulperos... Y el pulpero suelta la mercancía sin chistar, mientras en una revuelta del camino se ha perdido el sombrerón domeñador de hirsuta pelambrera.

Los andinos son terribles, y de sus inexpugnables montañas suelen bajar a "hacerle la travesura" a don Juan Vicente, cuya psicología astuta tiene los secretos del andinismo político, como la tuvo también el brioso "cabito" Cipriano Castro.

Picón exhala un quejido de hombre civil cuando ve el estéril sacrificio de los que luchan por una inalcanzable legalidad y por un derecho agujereado por los machetes y balazos. Es admirable y poético ese personaje Don Juan de Dios, viejo hombre de principios, que se mete en cama cuando ve naufragando toda la constitucionalidad de Venezuela. Y se queda en el lecho, sin ver y recibir a nadie, fuera de Verónica, viejísima criada, que le sirve tisanas, hasta su muerte. El novelista cierra ese maestro capítulo con esta vigorosa frase evocadora:

"Muerte apacible y sin agonía de los hombres que trabajaron por la inasible justicia; muerte que llegaba sin angustia ni afán, como el sueño a los ojos cansados de vigilancia."

Odisea de un novelista es este pletórico libro de Picón. Su sensibilidad lo lleva por un laberinto de evocaciones preñadas de plasticidad, y así deriva en la terrible época contemporánea en que el odiseo máximo, Riolid, deja a su patria después del estéril fracaso del general Cachete e'Plata.

Los soldados de la revolución arrasan con todo. Los villorrios se despueblan, las mujeres huyen despavoridas, las que se quedan son violadas brutalmente. Venezuela retorna al régimen feudal, del hato. Un caudillo inmisericorde se ha trepado a la suprema magistratura. "Donde llegan esos "paisas"—ha dicho un personaje de la Odi-

sea—, nadie más "pelecha". Así está hoy la patria de Bolívar y de Bello. Nadie "pelecha" sino el general y su abigarrado y cortesano cotarro de mulatillos, de doctorcitos y de escribidores áulicos. Los métodos de expoliación son variados y fecundos en terrorismo. He aquí uno: "La Sagrada". El novelista nos lo explica: "La Sagrada" es una institución que sólo podían inventar los macheteros andinos. Un tropel de soldados se instala en la hacienda, con amplias facultades de gastar y destruir lo que exista. Pertenecer a "La Sagrada" es vivir en permanente festín, los soldados se reponen de su ordinario y mal rancho. *Donde ellos pasan, el barbecho se convierte en rastrojo.*

¿Y qué decir del creador de la suprema "Sagrada", de la que hoy tiene domeñado al país bajo una expoliación ilimitada como un llano de la patria? El novelista se encarga también de pintarlo cáusticamente: "El general Gómez, como buen hombre de montaña, es prolífico; todo su fósforo se transformó en descendencia." (Pág. 145.)

Sus hombres de confianza son abogados famélicos, criollos ávidos, explotadores ambiciosos. Riolid, el protagonista, los define así: "Y las leyes en Caracas las explicaban unos hombres hepáticos y entristecidos por la sumisión y hasta por el clima."

Odisea de Tierra Firme constituye un nuevo diagnóstico de América. Es una novela hermana de *Sangre en el trópico*, de Hernán Robleto, y de las *Memorias de un venezolano de la decadencia*, de José Rafael Pocaterra. En sus páginas hay acentos coloristas y sinceros y una hábil mezcla de fantasía y de realismo, vigorosamente condimentado con una prosa moderna e imaginista. En cuanto a la técnica, revélase Picón un sagaz entendido en esa superposición de planos que aleja de la anécdota infecunda y que saca del ensueño el fino esmalte poético. Técnica de arabesco y de bordados, de volutas y decorados del buen barroco. Barroquismo es el suyo que tiene de lo clásico unidad de intención y lo eternamente actual, que es su esencia.

La novela de Sudamérica se acrecenta con un relato de fantasía y de ensueño, que a la vez levanta una poderosa protesta: la de esos blancos de Tierra Firme, que aun aguardan los hombres nuevos.

Hombres nuevos como éste son los que necesita América y también libros novedosos y eficaces por su sentido social, hermano de un arte deleitoso que anima páginas de un relieve insuperado en el relato actual del continente.

RICARDO A. LATCHAM

Santiago de Chile, julio, 1931.

El Robinson Literario de España

AUTORIZA LA REPRODUCCION DE SUS FRAGMENTOS A LOS PERIODICOS Y REVISTAS QUE GUSTEN

LA GACETA LITERARIA

APARTADO 33

MADRID

DE CHECOESLOVAQUIA

Slavkov: Napoleón Galdós

Soldats, mon peuple vous reverra avec joie et il vous suffira de dire: j'étais à la bataille d'Austerlitz pour que l'on réponde, voilà un brave.

NAPOLÉON.

Empecemos por decir que a Slavkov le llaman en alemán Austerlitz. Los alemanes se empeñan en obligarnos a estudiar dos veces la Geografía. Con su afán de germanizar los países que dominan, principian por cambiar los nombres de los pueblos, ríos, montañas, etc. Slavkov es una aldea de cinco mil habitantes con treinta y tres personas alemanas, pues antes de la independencia checoeslovaca era esta insignificante minoría la que se imponía oficialmente. Nosotros hemos recorrido el pueblo y el histórico campo de batalla, de 14 kilómetros de frente, sin oír hablar más que el checo. Si a uno de estos aldeanos se le pregunta por Austerlitz no sabría decirnos donde está, a menos de no saber que una estación de París lleva ese nombre.

En conclusión: Austerlitz sólo existe en las Geografías alemanas, y de ellas la pasada al francés, español, etc. La manía germana de dar nombres alemanes origina grandes confusiones; en Checoeslovaquia centenares de pueblos tienen dos nombres: el nombre checo, que le dan sus moradores, y el oficial, que impusieron los austríacos. Frecuentemente estas denominaciones no tienen la menor relación, como por ejemplo: Slavkov—Austerlitz; Bratislava—Presburg; Ustí—Aussig, y así más de mil. Lo propio ocurre con los ríos: Vltava (que pasa por Praha—Prag—Praga, español)—Moldan; con las montañas: Yhrkonosi—Reisengebirge, etc. A menudo estos nombres no tienen significado en una ni en otra lengua, pero a veces los alemanes tradujeron los nombres cuando expresaban una idea, como: Harlovy Vary—Harlsbad, etc. Todo esto nos hace pensar en aquel soldado de Cullera, en Valencia, que al aprender el castellano dirigió una carta a Cuchara.

Pues, volviendo a Slavkov, todos han oído hablar de la famosa "batalla de los tres emperadores", en la que Napoleón I venció a los ejércitos austrorrusos, mandados por sus respectivos emperadores Francisco I y Alejandro I. El encuentro tuvo lugar en las praderas que rodean la colina de Prace (en al-Pratzen), y en él murieron 27.000 aliados y 9.000 franceses. Goza este combate del prestigio de haber sido "la batalla maestra" de Napoleón, y sus pormenores se explican en todas las historias del mundo. En las Escuelas militares alemanas y francesas se estima la estrategia de Bonaparte en Slavkov como la suma perfección del arte militar.

Si es verdad que después hemos tenido la guerra europea, pero en esta carnicería universal perdió la guerra toda la belleza de un juego de valor y agilidad, para transformarse en un cálculo

frío y despiadado de dar muerte al enemigo. Entre una batalla de tiempos de Napoleón y las de 1914-18 hay la misma diferencia que entre el duelo y el envenenamiento; los dos son repudiables, pero en el primero se puede encontrar belleza, y hasta nobleza, mientras que en el segundo...; recuérdense las novelas de guerra (Barbusse, Remarque, etcétera); así se quiere las películas de guerra.

No vamos a abusar de la paciencia del lector repitiéndole los detalles de la batalla de Slavkov; si por acaso los ha olvidado, coja de su biblioteca el volumen de los *Episodios Nacionales* que lleva por título "Bailén. Nosotros lo tenemos aquí con nosotros, al pie del monumento que conmemora el 2 de diciembre de 1805. En el capítulo VII de este libro, Galdós nos da una minuciosa descripción del lugar.

—"Estoy asombrado, dice el personaje galdosiano en la página 55, porque nunca he visto dos cosas que tanto se parezcan como este país (habla de Puerto Lápiche) a otra muy distante donde me encontraba hace tres años, a esta misma hora, en la madrugada del 2 de diciembre. ¿Es mi imaginación la que reproduce las formas de aquel célebre lugar, o por arte milagroso nos encontramos en él? Gabriel, ¿no hay enfrente y hacia la derecha unos grandes pantanos? ¿No se ven a la izquierda unos cerros que terminan en lo alto un pequeño bosque? ¿No se eleva delante una colina en cuya falda blanquea un pueblecillo? Y aquellas torres que distingo al otro lado de aquella colina, ¿no son las del castillo de Austerlitz?"

Y, efectivamente, la descripción de

Galdós no puede ser más próxima a la realidad; a la izquierda hay unos cerros que terminan por un pequeño bosque; a la falda de una colina blanquea un pueblecito, y cerca está el castillo de Slavkov, aunque sin torres. Lo que ya no existen son los famosos pantanos en que Napoleón hizo romper el hielo a cañonazos, produciendo la muerte de 2.000 rusos. En las varias páginas en que Galdós narra la batalla se nota que el autor debía inspirarse muy de cerca en una de las múltiples obras que describen este lugar y hecho memorables. Claro está, en Galdós todos los lugares llevan nombres alemanes: Olomone—Olmütz; Zlaty Potok—Golbasch; Feluice—Feluitz; Sokolnice—Sokolnitz; etc.

Para recordar tan memorable acontecimiento militar, existe hoy una capilla en forma de pirámide sobre la colina de Prace. Aquí acuden en peregrinación multitud de gentes de todas partes, y como el turismo lo invade todo, se ha levantado junto al monumento un lindo hotel, en el que deben pernoctar sin duda los imperialistas de la tierra que sueñan en ser nuevos Napoleones. Como nosotros no comulgamos en ese credo, nos hemos alejado de la colina no sin rendir homenaje de admiración al genio de la guerra.

Desde 1805 hasta nuestros días muchos pueblecillos han nacido en estos dulces valles de Moravia, destacando sus tejados rojos y blancas paredes de entre la verdura inmensa de campos esmeradamente trabajados. Entre el panorama que debía ver Napoleón en el invierno de 1805 y el que vemos esta tarde veraniega no deben existir muchas coincidencias: la nieve, las armas, los heridos y los muertos, ayer; verdeantes alfalfaes, plantíos de patatas, campesinos que siegan con largas guadañas y algunos pacíficos turistas que abren sus ojos y sacan fotografías.

Y después de todo esto, ¿quién les habla a ustedes del castillo de Slavkov, en

Wenceslao Fernández Flórez

"El Malvado Carabel"

Una gran novela humorística

5 PESETAS

C. I. A. P.

LIBRERÍA FERNANDO FE

PUERTA DEL SOL, 15

MADRID

el que durmió Napoleón la noche del 2 de diciembre, y, sobre todo, de aquella galería de retratos? Dejemos esto para otra ocasión. Digamos sólo que la sala de honor de esta castilló, a imitación del de Praga, se llama Ipanilsky'Sál. (Sala Española.)

GINÉS GANGA

Prace u Slavkova, agosto, 1931.

El alma viajera

*Hundida en un sueño,
tiene la luz y no se ve
desnudos los pies en el abismo,
los mismos duros abismos
de la nada*

*los puertos en la ribera,
sin velámen, oculta.
¡Alma viajera!
Seguirán siendo los mares ensueño,
inmaculado delfín en la ruta
donde no alcanzarás nada que no sea
pluma que no sea vela; [cielo,
la misma sombra ciclón de estridencias,
labio virgen, que no sea espasmo.*

RAMÓN FERIA

Obras completas

de

Miguel de Unamuno

COMPANIA IBERO-AMERICANA
DE PUBLICACIONES

MADRID

LA GACETA LITERARIA

APARTADO 33

MADRID

MANICOMIO

Magnífica edición de lujo del más alucinante libro de

A. HERNÁNDEZ-CATÁ

en gran formato y papel especial, con más de setenta dibujos a todo color, de SOUTO

Una obra magnífica — Una magnífica edición
Precio: 15 pesetas!



C I A P

Librería Fernando Fe, Puerta del Sol, 15.—MADRID

ESCRITORES, MODOS, ESENCIAS

En torno al estilo

El tema no es nuevo. La conversación sobre el estilo, sobre los diversos modos de escribir, se ha desarrollado en todos los tiempos. Es cosa que va empujada por el escritor como pedrusco arrastrado y lamido por la corriente incesante del agua. Una mujer de letras, Rosa Arciniega, lo ha movido en esta revista recientemente. Y, marginalmente, se ha referido a casos concretos de la creación literaria española.

Estilo: estilete. Unamuno lo ha subrayado así infinitas veces. Estilo: también alma. Es espíritu en función. Y, asimismo, destreza, peculiarismo vertido en la obra creada. Cada ente tiene maneras de vida esencialmente propias. De su fondo espiritual, de su fontán psíquico, emergen notas, composuras, reacciones, que asumen un sentido especial, intransferible, como el aroma de la flor.

Leed en Keyserling el paralelo que traza sobre la vida y el arte musical.

Si el estilo en el escritor es alma derramada en la obra, se comprenderá su sentido íntimo, su aliento vigoroso, y, por tanto, inescapable sin visible falseamiento. Pero si el estilo alude fundamentalmente al eje de facultades externas, a pericia singular, entonces la producción se relaja, pierde consistencia perdurable, y el escribir no deja de ser un oficio como otro cualquiera, de fácil dominio a toda voluntad en tensión.

Un oficio convertido en arte, elevado a rango superior, es verdad, pero desprovisto de atributos fecundantes. La pluma se equipara al estilete o herramienta obrerista, porque notorio es que dentro de las profesiones manuales se destacan también rasgos de naturaleza artística, cualidades sumamente delicadas.

Hay literatos orfebres. Trabajan sin el auxilio de esa llama creadora que plasma figuras de valor simbólico perenne. Cincelan. Su forma se produce sin ritmo variado, carece del contrapunto sinfónico, generador.

Cuando se dice: "es un gran escritor" debe entenderse que entraña suma importancia de "genio creador". El culto a la forma, a una sola forma, equivale a caer en fastidio, aunque se sea un maravilloso artifice. Para todo hay que nacer, según la voz popular. Mostrarse raíz. No vale querer ser determinado personaje si no se lleva dentro capacidad nativa para ello. Pero de errores manifiestos está henchida la existencia. Y, precisamente, de este error continuo, de esta obstinación invencible que caracteriza al ser humano, hace el encanto y la sugestión de la vida misma—vida llena de variantes rasgos—y el fondo concepto que aureola la obra del genio. ¿Qué es el genio sino raíz? ¿No es el acierto de la senda verdadera a las facultades genuinas del espíritu? Genio, carácter, estilo. Todo en función propia. He ahí la luz, la llama inextinguible, cautivadora. El triunfo en la vida estriba en no transgredir lo íntimo.

De lo vago pasemos a lo concreto, al punto particular ilustrativo de Rosa Arciniega.

Nuestro Gabriel Miró se parecía mucho a las rosas en eso de embriagarse en una misma esencia. No puede argüirse que Miró fuera mal escritor, que no produjera literatura excelente. Tanto, que no se puede señalar un literato arquetipo sin pensar en él. Pero cuanto Ortega señaló es cierto. Mucho

antes de ser exteriorizada la opinión del autor de "Meditaciones del Quijote" ya habíamos advertido nosotros la fatalidad gravitante en la obra del escritor alicantino. Y no solamente por lo que al sentido psicológico se refiere, sino a la monotonía que encierra su estilo. Bello, prodigioso y exquisito estilo el de Miró. Pero, por lo mismo, monótono y empalagoso. Es un estilo argamasa con todas las esencias mareantes e ingredientes dulzarros del espíritu. El flan es un bocado exquisito también. No obstante, empalaga, hasta pronto.

Yo confieso que nunca he podido con un libro entero de Miró, por su refinamiento específico. Las crónicas de la "Pasión" y de "Sigüenza" he ido paladeándolas de tarde en tarde, como quien injiere en día de fiesta, tras suculento yantar, licores fralunos.

El verdadero escritor debe subrayar diversos estilos. Si el estilo es alma y forma a la vez—y así lo entendemos nosotros—, cada asunto fundamental requiere ser tratado en su tono propio. Esto es, con sus características de ambiente, con su viva realidad. Lo demás será apartarse de la verdad, de los elementos eternos. Un arquitecto lo primero que tiene que estudiar antes de dar vida a la línea es el ambiente que ha de rodearla. No es la línea la figura flotando sobre el ambiente, sino el ambiente mismo hecho línea. Meted una casa de tipo campero entre las edificaciones de urbe moderna, y por mucha envergadura arquitectónica que contenga resultará desentonante. Está fuera de ambiente. No ha surgido de él.

Anasagasti fué en sus comienzos uno de estos arquitectos maravillosos de ambiente. Su monumento a la reina María Cristina; sus torreones medievos emplazados sobre acantilados; su templo del Dolor, y hasta el edificio de constelaciones morunas alzado para el pintor granadino Rodríguez Acosta, son variantes de un mismo estilo sujeto a modos ambientales.

Entre los escritores tenemos a Eugenio Noel, que es esencialmente típico en esto de amoldarse a exigencias valorativas de ambiente. Estudiad su obra entera y veréis que su pluma destila esencias diversas. Para cada tema usa forma peculiar. Su primer libro, "Alma de Santa", difiere en absoluto de las novelas de fondo social que le siguen en orden cronológico: "El rey se divierte" y "Don Oliverio XXIV de Bombón". Y estas producciones no se parecen en su forma a "El cuento de nunca acabar", a "La reina no ama al rey", ni a "Los piratas de los barrios bajos", ni a "Amapola entre espigas" y tantas otras. Cada producción noeliana lleva impronta peculiar. Sus volúmenes de ensayos reflejan variantes de forma según el asunto que trate. El más destacado de ellos, "España nervio a nervio"—Espasa Calpe, Colección contemporánea—, resulta un monumento estilístico al juzgar de críticos iberoamericanos. Y así es. Por eso resalta dentro de él lo personal, lo auténtico, lo vigoroso, la realidad y el ambiente con todo su poder y eficacia. Al personaje noeliano no se le deshace de un papirotazo, como a los de Miró y otros novelistas conocidos. Son tallas macizas, dolménicas, cachorros que andan por las calles y las sierras. ¿Hay un tipo de mujer más vigorosamente bello, vivo y real, retozando por páginas de novela, que Marga, la protagonista de "Amapola entre espigas"? Y callamos lo que "Las siete cucas" significa en

Toledo, el diablo y la luna

(Poema lírico descriptivo)

Por Mariano de las Cuevas García

4 PESETAS

C. I. A. P.

Librería Fernando Fe, Puerta del Sol, 15, Madrid

cuanto a estilo y normas de concepción naturalista.

El mismo Noel, tan discrepante en todo de sus contemporáneos, lo ha declarado terminantemente. El asunto le da el estilo. Con ello no hace sino seguir el consejo de cierto

clásico griego. Por tal causa su obra se muestra apetente a todos los paladares. La creación del escritor se valúa en el tiempo por su polifonía, por la gracia actuando sobre fondos alternantes.

EUGENIO DOMINGO

El mejor libro del mes

Reunido el Comité de esta Asociación para fallar sobre los libros aparecidos durante el mes de junio último, acordó señalar como "El mejor libro del mes":

LA AGONIA DEL CRISTIANISMO

por Miguel de Unamuno,

y como "recomendados" los siguientes:

Francisco Agramonte, *Prim*.
Tomás Borrás, *Tam-tam*.
Javier Bueno, *El Estado socialista*.
W. Fernández Flórez, *El malvado Carabel*.
Federico García Lorca, *Poema del cante jondo*.
Alicio Garcetoral, *La revolución capicúa*.
A. Hernández-Catá, *Manicomio*.
Julio de Hoyos, *Todo un hombre*.
Vicente Huidobro, *Altazor*.
M. Ruiz-Funes, *Tres experiencias democráticas de legislación penal*.
Nóvoa Santos, *La inmortalidad y los orígenes del sexo*.
Carlos Soldevila, *Fanny*.
Emilio Zurano, *El horror al campo y los errores de la ciudad*.
Angélica Balabanof, *Días de lucha*.
Louis Bertrand, *Felipe II*.
Dr. E. J. Dillon, *La Rusia de ayer y la de hoy*.
Herman Heller, *Europa y el fascismo*.
A. Arthur Kuhnert, *El frente de guerra femenino*.
Las nuevas Constituciones del mundo.
H. R. Lenormand, *El devorador de sueños*.
Ernst F. Lohndorff, *Africa llora*.
Paul Morand, *Campeones del mundo*.
Boris Pilniak, *El Volga desemboca en el mar Caspio*.
Maurice Reclús, *Monsieur Thiers, burgués y revolucionario*.
Edgar Wallace, *Pie grande*.

Este Comité se complace en señalar muy especialmente los libros titulados *Tam-tam* y *Manicomio*, de los que son autores, respectivamente, los señores don Tomás Borrás y don Alfonso Hernández-Catá, libros que a causa de los Estatutos de la Asociación no han podido entrar en la competición a "me-

jores", debido a su precio, pero que unen a su indiscutible valor literario una lujosa y artística presentación, a la que han contribuido con sus admirables ilustraciones los eminentes dibujantes Barradas y Souto. En estos libros, la Asociación ha logrado de la Casa Editorial, en beneficio de sus asociados, que se conceda en ellos un descuento del 40 por 100, con el que se servirán a aquellos que los soliciten.

("Azorín", Ramón Pérez de Ayala, José María Salaverría, Enrique Díez-Canedo, Pedro Sáinz Rodríguez, Ricardo Baeza.)

El "mejor" libro del mes y los titulados *Tam-tam* y *Manicomio*, se servirán a los asociados con el 40 por 100 de descuento, y el "recomendado" que puedan elegir en su lugar con el 30 por 100 de descuento, excepción hecha del titulado *La Rusia de ayer y la de hoy*, en el que sólo se les podrá hacer el 25 por 100. Aparte de este volumen mensual con el descuento señalado, los asociados tendrán derecho a todos los demás "recomendados" (sean del mes que sean, dentro de los que comprenda su plazo de suscripción), con el 15 por 100, y a un 10 por 100 de descuento en todos los libros que, no figurando en nuestros *Boletines* (o figurando, sean de meses anteriores a la suscripción del asociado), encarguen por medio de la Asociación, aunque sean anteriores a la fundación de ésta, excluyendo los libros de texto, libros puramente técnicos o científicos, diccionarios, publicaciones periódicas o por entrega, etc., etc.

Para tener derecho a estas ventajas por el sólo pago de una cuota anual de CINCO PESETAS, dirigirse a la Asociación del Mejor Libro del Mes, Zurbano, 20, o a la Librería Fe, Puerta del Sol, 15. Para más detalles y prospectos dirigirse a la Secretaría de la Asociación del Mejor Libro del Mes, Zurbano, 20, Madrid.

COSMÓPOLIS

1,50 pts.

De venta en los buenos quioscos
y en la librería de Fernando Fe,
Puerta del Sol, 15

Ventanas ibéricas

(ACTIVIDADES DE LA CULTURA ESPAÑOLA
DENTRO Y FUERA DE LA PENÍNSULA)

A ANDALUCÍA

Cossío ha publicado la primera obra de conjunto sobre literatura taurina. Aparición citada ya en estas columnas por Giménez Caballero. Pero de necesaria inclusión en un noticiario ibérico, por su violenta realidad nacional y su fuerte metafísica mediterránea. Gran libro racial éste de Cossío desde el torero morisco de los *Lagartijos* mohamidos y los muley *Belmontes*, hasta el más reciente García Lorca—y su romancero.

A CATALUÑA

Aparecen ahora los volúmenes diez y once de las Obras Completas de Maragall. Pompeyo Fabra ha publicado en la Colección Barcinó tres manuales sobre lengua catalana. La Prensa diaria de Barcelona exalta ahora frecuentemente el valor de las revistas en catalán. Especialmente "Revista de Catalunya".

A CASTILLA

Se ha publicado el tomo cuarto de la *Historia de la Universidad de Valladolid*. Su autor es el archivero y cronista de dicha Universidad, Mariano Alcocer Martínez. Este tomo historia la vida de la Facultad de Teología hasta fin del siglo XVIII.

A MARRUECOS

Carlos Hernández Herrera y Tomás García Figueras han publicado la historia completa y perfecta de las campañas militares españolas en Marruecos. Es el primer libro completo sobre este tema y obtuvo un premio del Ayuntamiento de Madrid en 1928. Obra monumental cuya relación con la literatura la establece el ser uno de sus autores. García Figueras. O sea el autor del libro *Del Marruecos feudal*, biografía novelesca del Raisuni, que, aparecida el año pasado, colocó a su autor en el primer lugar de la historia bellamente narrada.

A ASTURIAS

Palacio Valdés celebra sus bodas de oro con la literatura. Para conmemorarlo va a publicar una novela conmemorativa de carácter histórico sobre la vida de algunos monarcas españoles. A los ochenta años sigue produciendo Palacio Valdés. Con creciente entusiasmo.

A CUBA

Juan Marinello ha resumido la inquietud cubana en un libro editado por "1930", revista de avance. Marca sobre todo el carácter realista y económico de la reacción contra los Estados Unidos. El libro tiene una orientación marcadamente socialista y revolucionaria.

A GINEBRA

El Instituto Internacional de Cooperación Intelectual ha publicado una relación completa de Institutos nacionales en el Extranjero, es decir, de organizaciones culturales

que los principales países mantienen en territorio de otras potencias, con objeto de dar o recibir enseñanzas, de investigación o de intercambio cultural. España tiene sólo dos organismos de este tipo: La Academia Española de Bellas Artes, en Roma, dirigida por Miguel Blay (fundada el 1873), y el Colegio Mayor de San Clemente de los Españoles, en Bolonia (fundado en 1364), dirigido por Manuel Carrasco y Reyes. Portugal tiene un organismo también en Roma, el Instituto Portugués de Investigaciones Históricas, dirigido por Manuel Emygdio García.

A FRANCIA

El embajador de España, señor Danvila, se ocupa en la actualidad con gran interés de intensificar la actuación del Instituto de Estudios Hispánicos.

Este organismo, que dirige el profesor y conocido hispanófilo señor Martinenche, y del que forma parte el profesor de la Universidad de Sevilla señor Viñas, contribuye en alto grado a difundir en Francia la cultura española y a estrechar los lazos intelectuales entre ambos países.

Con motivo de estar organizándose la labor del próximo curso, el señor Danvila realiza gestiones encaminadas a que en la lista de conferenciantes figuren las personalidades más destacadas de la intelectualidad española.

A ALEMANIA

La Junta para la promoción de la investigación científica en Alemania ha publicado una relación de las obras alemanas de todo género que han sido traducidas al castellano desde la terminación de la guerra mundial. Prologa y anota esta bibliografía Georg Schreiber, catedrático y miembro del Reichstag.

A LOS SEFARDIES

Abraham Galante, profesor en la Universidad turca de Estambul, ha publicado una colección de leyes turcas sobre los hebreos españoles.

—Los jóvenes sefardíes de Nueva York han comenzado a publicar un periódico humorístico titulado "La Bara" y escrito en español.

—De Cuba emigran todos los sefardíes expulsados por la crisis económica, y los que quedan van a aumentar la masa de los hambrientos.

—En Méjico, grupos de estudiantes y obreros zahieren a los judíos. El mundo hispanoamericano les cierra las puertas con las únicas excepciones de Argentina y el Uruguay.

A ITALIA

Ezio Levi, el gran hispanista italiano de origen sefardí—tantas veces citado en esta revista—, ha publicado su gran libro *Castillos de España*, en el que presenta todas las imágenes de la eterna España morisca y de la espectral España del siglo XVI y el XVII.

—Arnaldo Fraccaroli publica por su parte un libro hispanoamericano: *Pampa de Argentina*, primera interpretación completa del gaucho y su estepa, en una lengua distinta de la española.

Hay, además, una traducción: *La esclava del Señor*, de Ramón M. Tenreiro. Los tres libros son de Treves.

Nombres negros en el "son"

(A Line Novás.)

Repica por ti mi canto lo mismo que un [atabal.

(Rita Barranco, sí; Rita Barranco, no.)

¡Por ti repica mi canto lo mismo que un [atabal!

Rita de la madrugada, Rita de la noche tibia;

Rita Barranco, mulata, tu nombre cálido y lindo,

tu voz..., tu color..., envuelven en pulpa de [tamarindo.

Rita Barranco, sí, Rita Barranco, no;

de carne tostada al fuego, de carne quemada [al sol,

de tersa carne templada al fuego como el [bongó.

Orbitas de nalgas lentas, blandos torsos de [caimito.

(Peces de sueño navegan el mundo de las [caderas.)

Eclípticas encendidas de pereza ciñe el tró-

y la noche voluptuosa con caderas de guí-

enseña, como una negra, su dentadura de es-

¡Sacramento Cháve!..., ¡Ignacio la O!...

Al son de fálicas claves

las parejas ahondan cielos concéntricos de [contacto

y van resbalando lentas sobre las notas del [son] que caen espesas y anchas como gotas de [jabón.

Soledá Zamora... Catalino Almansa... ("¿Como se menea la mata de aroma así se menea Quirina Varona?")

Tiene Santiago Navarro la boca en el hondo abismo, ronco, de oscura botija. Libres, altas, las maracas saltan como dos redondos; duros senos de [mulata.

Sacramento Cháve... Sacramento Cháve... —¿Qué dirán la gente, qué dirán!— Se está meneando tu cuerpo lo mismo que [un "flamboyant"...

Se incendia un cañaveral de nervios. Arde la música. Por debajo de las tetas el espasmo bate el blanco merengue de la [sandunga...

Se va arrastrando el lamento elástico del [bongó.

Rita de la madrugada, Rita de la noche tibia, por ti repica mi canto lo mismo que un [atabal.

Rita Barranco, sí; Rita Barranco, no... de tersa carne templada al fuego como un [bongó.

EMILIO BALLAGAS.

La Habana, junio, 1931.

POLÍTICA

Hispanoamérica.—Un libro sobre Hispanoamérica. De Tulio M. Cestero. Titulado *Los Estados Unidos y las Antillas*. Evocado aquí en primer lugar porque no conviene que lo momentáneo anule a lo eterno, que la actualidad política española haga palidecer a la eterna actualidad de la cultura española en el mundo. Este libro es una defensa de las Repúblicas antillanas, hoy totalmente en garras del imperialismo—véase Cuba—. Es un estudio completísimo del terrible problema. Puerto Rico, Haití, Dominicana, Cuba..., agonía lenta de un archipiélago.

La bella y la fiera. Libro de reciente aparición. Es una gran novela de Rufino Blanco-Fombona sobre el triste cuadro de Venezuela bajo la bota de un tirano. Libro sangriento de la más dolorosa realidad americana. Libro en carne viva.

Cataluña.—Se han publicado dos libros catalanes sobre socialismo: uno, de Rafael Campalans, *Als joves*, palabras de un socialista a los estudiantes de Cataluña; otro, de J. Recaséns y Mercadé, *¿Qué es socialisme?* El primero está patrocinado por la "Unió Socialista de Catalunya", minoría selecta del socialismo barcelonés, y quiere dar al socialismo catalán un sentido constructivo, realista, gubernamental. El segundo tiene un gran valor documental por su estudio de la historia y tendencias del socialismo en Cataluña.

Libros rebeldes.—Marín Civera ha publicado una historia del sindicalismo. Guillén Salaya va a publicar *Diálogos de las pistolas*, novela auténticamente proletaria, y Ramón Sender, célebre ya por su formidable libro *Imán*—que es la novela de guerra española, muy superior a todas las novelas de guerra extranjeras—publica ahora una novela social, donde, bajo el título *Orden público*, alcanza el máximo patetismo pintando la cárcel y la persecución política de la gente dictatorial. Sender es un hambriento de verdad y justicia. Así su libro último echa sangre en sentido algo más que figurado.

Historia política.—Acaban de publicarse varios libros. Uno, actual, *Pequeñas tragedias de mi vida*, por Alejandro Lerroux—Memorias íntimas—. Y tres vidas del siglo pasado: la de Salamanca, por el conde de Romanones; la de Cánovas, por Charles Benoist; la de Pablo Iglesias, por Juan José Morato. Por último, un libro de historia reciente: *Libertad, dictadura y fascismo*, de Juan Guixé, sobre temas españoles, italianos, rusos y chinos.

Rusia.—Naturalmente, no faltan los libros rusos. El de actualidad es *Memorias del cura Gapon*, traducidas por Andrés Nin. El cura Gapon que fué el nombre más célebre de la Rusia nihilista y de la fracasada revolución del 1905. Gran tema y gran libro.

LEA COSMOPOLIS

Revista del gran mundo

Modas, deportes, cine,

teatros, literatura.

1'50 PÉSETAS

Libros de verano

Verano es la evasión.—Hacia la playa, hacia la soledad, hacia las rutas del Extranjero.—Cambio de aire, de ambiente, de mundo, reposo, escapatoria, paréntesis.—Este verano ha sido pródigo en la edición de libros que representan esa fuga o ese nirvana que pone al libro como contrapeso a lo imperfecto de la vida real.—Presento aquí los nuevos.

La primera y más importante evasión es evasión material y tangible, la novela de aventuras exóticas que nos ha servido a todos de paraíso artificial elementalísimo en los últimos momentos de la infancia. El libro de este tipo que ahora se publica es *El diablo blanco*, por Luis de Oteyza. Segunda edición, pero con bríos y ruido de edición inicial. Por el dinamismo extraordinario con que está construida, disparando atención peninsular hasta el extremo horizonte del Extremo Oriente. Yendo el autor a China para "reportear" la mayor guerra del mayor país del mundo. A esta garantía de la presencia del autor en el lugar del hecho se une la sugestión cinematográfica del relato con sus chinos astutos y sus escenas moribundas. Combinación del gran periodismo moderno con la actitud mental de los antiguos exploradores ibéricos para quienes el mundo era poco más grande que un pañuelo. Argumento violento de país violento. Vida de un español en China. Shangai y Cantón a carne viva con pasos de zapatillas y apuntes sueltos.

La evasión más contraria a este viaje real entre millones de guerreros en lucha es la evasión dormilona de Cocteau fumando opio. Expresada en su libro: Jean Cocteau, *Opio*. Con un prólogo de Ramón Gómez de la Serna. Y con dibujos del autor. En este libro se cuenta el proceso de su desintoxicación. Relato reservado, íntimo, en tono de monólogo, dirigido a esos amigos desconocidos confundidos por los libros, aliciente de lo desconocido que el gran público clamoroso no puede igualar en ningún caso.

Cocteau nos va enseñando casi palpablemente cómo se va desenredando del más enredoso de los enredosos enredos esa telaraña de opio adherida a los enrevesadísimos repliegues de la espelunca cerebral. A lo largo de las páginas se ve a Cocteau manoteando para salir de ese verdoso y submarino sitio que es el mundo del opio, hermano gemelo del mundo de los buzos—lleno de perfiles rotos y líneas revoltosas—. Lucha para salir del opio y nos transmite algo de esa lucha en sus formidables dibujos y su mariposear por todos los asuntos dando saltos cortos como un ángel embriagado.

Cocteau, que es un hombre micrófono, receptor de las vibraciones más pequeñas—a través de él pasan sus obras que quieren vivir y se sirven de él atravesándole, acabadamente con su salud—, se desgasta aquí más que nunca, dando al lector de este último libro, *Opio*, la sensación total de ese producto francés refinado y filtrado que se llama "literato puro", el literato esencial, el literato que se deshace con el aire—"produit de l'air". Este tipo de escritor que hoy se agota en él resumiendo sus esencias más puras.

"Azorín" lleva la evasión al último extremo. O sea al mundo de lo sobrenatural. En

el segundo volumen de su teatro. Contiene las tres obritas que componen el conjunto, *Lo invisible*—son: 1, *La araña en el espejo*; 2, *El segador*; 3, *Dr. Death*, de 3 a 5, y el prólogo, que es otra obra—. Y contiene *Cervantes o la casa encantada*, donde lo sobrenatural adopta las dos formas tranquilas y nebulosas del ensueño y del dormir saltando a través de las épocas y dando a lo más antiguo el sabor de eternidad que tuvo y que las palabras de solemnidad histórica ocultan.

En este libro de "Azorín" llegan al máximo la perfección técnica, la precisión en la frase, la evocación y el concepto. Como ocurre, por ejemplo, con la sencillez dramática y la absoluta escasez de trucos en esa escalofriante obra *Lo invisible*—¡de tan semítica contextura!—. Palabras sin sombra ni relieve, sencillas y fatales como aquello que evocan. Horror sin ruido. Patetismo en zapatillas. Fatalidad sin arreglo posible, como en la tragedia griega, que ha encontrado en "Azorín" su continuador más auténtico.

De la metafísica azoriniana vamos a la cruda lógica de la vida social. Y aquí vemos a María Leiner, autora de *Hotel América*. Una mujer que emigra a los Estados Unidos para ganarse la vida en diferentes oficios y ocupaciones haciendo un reportaje en carne viva sobre la propia carne dolorida. *Hotel América* relata la vida completa de todas las mujeres pobres en Norteamérica, con sus posibilidades de trabajo y su posición frente a la sociedad.

Centro de este reportaje es un gran hotel moderno y cosmopolita, donde se ponen de contraste entre las dos clases sociales de huéspedes lujosos que se divierten y gentes que abajo trabajan. Violencia de contrastes que María Leiner marca dando a su labor literaria el carácter de una evasión frente a la moral burguesa.

Evasión que se impone como un imperativo de lucha en el libro *Cartas del frente y de la prisión*, revelación de Carlos Liebknecht, doble personalidad de escritor y caudillo de rebeliones proletarias, hombre de libros y hombre de la calle, político y sublevado de acción directa. Fué un caudillo eminente del socialismo alemán en armas junto con Rosa Luxemburgo, y la historia de su acción tiene un interés insuperable para el que se preocupe por las luchas proletarias, sea cual sea el campo político a que esta preocupación le lleve. Puesto que Alemania sigue siendo hoy el eje de toda la lucha entre el mundo colectivista del marxismo y el individualista occidente de los adeptos al capital.

El deseo de aislamiento ante la imperfección de la sociedad y la reacción consiguiente ante esa sociedad en forma violenta, bajo forma de terrorismo, necesitaban un libro moderno y completo. Ya existe. Es *Azeg*, los lanzadores de bombas. Por Román Goul, novelista alemán. En esta espléndida evocación de la Rusia nihilista desfilan todos los personajes que en aquella época y aquella lucha tuvieron enorme relieve. Y a pesar de la extensión reducida de un solo volumen se produce en estas páginas el milagro de contener toda la vida y organización de los terroristas rusos, miembros de acción del partido socialista-revolucionario, cuyos miembros aparecen aquí como personajes de carne y hueso en equilibrio entre dramatismo y sentimentalismo.

Azeg, el personaje que da nombre a esta novela, fué un agente provocador que iba constante y turbiamente de la policía a los terroristas aprovechándose de unos y otros para satisfacer una personal ansia de dominio. Azeg, que alcanza en la novela de su título la categoría de traidor tipo y de espía *standard*. Alrededor de él viven con sus nombres auténticos los grandes personajes de la gran tragedia rusa que desde 1905 a 1914 nutrió todos los folletines y los teatros populares, y que, sin embargo, aguardaba aún su expresión literariamente documental, lograda ya gracias a *Azeg*.

Al lado del que quiere destruir la sociedad está el que la huye, siendo una sociedad entera él solo. El que mete su propio mundo dentro de la vida del mundo, pero no mezcla los campos y sigue siendo en todo momento un hombre de una pieza. Esto es Liam O'Flaherty, autor de la novela autobiográfica *Dos años*. Liam O'Flaherty, interiormente aislado, corre los caminos de la tierra sea como sea, andando, rodando o tropezando. En ningún sitio se encuentra a disgusto, porque va preparado para comprenderlo todo y sabe siempre sacar un matiz sincero o amable de la sucia realidad que le envuelve.

Londres, Riojaneiro, las selvas brasileñas, Esmirna, Estados Unidos, Canadá..., de un extremo a otro de ese mundo que muchos llaman "Occidente" y otros llaman "Imperialismo". Rebuscas por los rincones de los grandes puertos—esos enormes bolsillos de la Humanidad—donde todo se acumula depositando la pelusilla de los residuos humanos más rotos y automatizados en un total fracaso de todas las voluntades. Los puertos. Contraste absurdo entre la mayor basura humana y la vecina esplendidez del mar.

Así es el estilo y el pensamiento de Liam O'Flaherty, siempre en reacción ante lo que ve y lo que hace, buscando la sombra de cada luz, el reverso de cada cara, el contraste, el contrapeso, la contradicción. A punto el comentario y la reflexión que contrastan con la realidad del momento que narra.

Vladimir Zenzinov e Isaac Levine nos llevan a la absoluta desolación geográfica del Norte siberiano. Con el relato de una residencia que el primero de ellos hizo en calidad de confinado político obligado en 1913 y 1914 por la policía zarista, porque Zenzinov era un terrorista del partido social-revolucionario, al que se había hecho detenido administrativo en Siberia oriental, y más tarde desterrado a las regiones semipolares. Gracias a las influencias de que gozaba su familia no fué enviado a un presidio vulgar y obtuvo la soledad como castigo menor.

La vida en la tierra del sol helado aparece aquí totalmente resumida con sus millones de kilómetros entre ventisca de nieve y con el pez como alimento casi único. Los trineos de perros, los nómadas yacutos, la tundra... Todo ese mundo silencioso fosilizado por el frío y con tierras sin nada contra las cuales el tiempo es impotente, pues todos los siglos juntos no han conseguido cambiar su vida en nada. Extensión helada e interminable que se extiende sin solución de

continuidad desde Suecia a Terranova, a través de Rusia y Norteamérica, unidas en invierno cuando se hiela el estrecho de Bering y se va en trineo de Moscú a Nueva York. Bering, que está en el eje de capital y trabajo. *Con los nómadas de la estepa*—libro de Zenzinov y Levine—es sencillamente perfecto, desde el punto de vista de la sugestión en el ambiente exótico asegurador de un perfecto robinsonismo a los improbables veraneantes.

Una escapatoria al mundo del arte es el libro de Enrique Díez Canedo *Los dioses en el Prado*. Es un estudio muy completo sobre la mitología en el Museo madrileño. Repertorio de temas e interpretaciones de obras, autores y escuelas. Antecedentes griegos y romanos, sobre todo estatuas; triunfo pictórico del asunto en el Renacimiento italiano; falsedad de estos temas cuando son tratados—no muy frecuentemente—por españoles; explosión voluptuosa y dinámica de la mitología en los pintores flamencos; estrabaciones anacreónticas y académicas en los pintores posteriores.

Los autores destacados en primer plano: Tiziano, con su imperio de Venus; Velázquez, con sus versiones de Apolo y Dionisos—figuras ejes de lo europeo, pero ausentes de lo ibérico, que es netamente africano, juntando vértigo y reposo en un solo individuo—. Rubens y las diosas...

Libro que es de verano a pesar de su índole erudita. Porque también hay un verano de estudio y cursos para extranjeros.

Alberto Insúa es el último autor de esta lista. Pero el primero en valor humano. Porque su evasión es hacia dentro. Metiéndose en el fondo de las pasiones para bucear y sacar de allí sus libros. Como *La segunda Salomé*, recién publicada. Es como todas las obras de Insúa: pasión y apogeo de los sentimientos. Pero nunca sensualidad lujuriosa. Lo sensual es en él algo que cosquillea, no algo que araña. Es la sal, el puntito sazoador, la medida, el justo medio..., cualidades que hacen parecer a Insúa un gran novelista francés perdido en la aridez de una meseta pelona. Porque Insúa es—contrariamente a toda leyenda—el escritor más posado de la literatura hispana.

Porque se ha dicho de él que es solamente sensual. Y no es que Insúa sea sensual, es que lo sensual es la vida. Y como la novela es ante todo fiel reflejo de la vida, porque sin realidad no hay novela posible, Insúa está colocado en el justo lugar del puro literato.

La sensualidad está ahora en la técnica—¡manes de Freud!—y la pureza en el arte. Gracias al cubismo. A la línea recta. Al mediterráneo rectangular—Atenas, la Alhambra—. Y en ese sentido es Insúa un mediterráneo perfecto, antibarroco y antigótico. Concibe la novela como arquitectura y cree que el cantero es superior al que pone frisos de escayola. Toda novela tiene varias servidumbres de reparto y estilo. Insúa quiere superarla por depuración de lo esencial. Por eso no se le puede poner otro sustantivo—aquí adjetivo—que "ático".

GIL BENUMEYA.

La mejor Revista, COSMÓPOLIS

La Gaceta Literaria

Escaparate de Libros

E. Salazar y Chapela. *Pero sin hijos*. Renacimiento.

La novela española, casi aplastada hoy por el aluvión de la novela extranjera y por la deserción del escritor—a campos ajenos al literario—, reducida en los jóvenes a dos o tres nombres, recibe ahora con E. Salazar y Chapela un refuerzo de primer valor. Con una enorme novela de magnífica prosa y personalísimo estilo que realiza el milagro de estar insuperablemente escrita y ser al mismo tiempo un libro que llama a la popularidad, a la venta, al éxito de masa. Estilo denso de valores, apretado de significados. Perfección por pluralidad de vidas y de tipos de vida.

Salazar y Chapela es un guerrillero, un cazador formidable. Lo mismo cuando haciendo crítica apresa el espíritu de un autor con el comentario más preciso y certero, que cuando burocráticamente logra la difusión perfecta de los libros más diversos. Mucho más ahora que se ha empeñado nada más que en cazar la vida y certeramente sale con su rifle malagueño para derribarla de un golpe y traerla palpitante en su triple aspecto de pasión, reflexión y acción, de amor, trabajo y política. En *Pero sin hijos* aparecen conflictos psicológicos y el advenimiento de la República, un sistema metafísico y una colección de tipos muy reales. Todo muy expresivamente evocado.

La carta que cierra el libro es una formidable realización lógica: "la deshumanización de la paternidad"—o la despaternización de lo humano—. Una gran aplicación a la genética del sistema de Ortega Gasset reivindicando el superior valor del espíritu creador sobre la creación del cuerpo. En la creación de los hijos la conciencia no toma parte, por tanto son inferiores al puro producto de la creación artística ennoblecida por el ideal y por el trabajo, el esfuerzo unido a ella. Unida a esta teoría está otra más compleja que hay que leer en el libro. Me refiero a la no cooperación como perfecto homenaje a la feminidad, al abstencionismo de tipo estético ante el "tabú" de la especie.

Por esta teoría se filtra el andalucismo—inconsciente, pero siempre constante—de su autor. Porque la clave del alma andaluza han sido las tendencias metafísicas—tan mediterráneas—de Abenmasarra que creía en la existencia de la eternidad de la materia vital y en el valor único de la expresión que le sirve de exteriorización. El impulso inicial de la especie es una corriente que pasa de hombre a hombre perpetuando la vida y que es el mismo en todos; hay un germen inmortal común a toda la Humanidad y nuestra vida es sólo la continuación de impulso iniciado por el primer ser humano. Nos immortalizamos en los hijos como nuestros antepasados se immortalizan en nosotros.

Pero la vida es movimiento y por eso no interesa la sustancia de que se compone el movimiento. Sólo vale el movimiento y la manera de moverse, el ademán que cada uno hace al pasar por la vida. De esta doble teoría nace el fatalismo andaluz ante la especie, la indiferencia trágicamente musulmana bajo el dolor y el valor exagerado que se da al ademán, a la gallardía del gesto, al valor exacto de la frase, del comentario, de la palabra, del "verbo".

Andalucía, tierra del ademán y no del contenido, de la línea y no del volumen, de Picasso y no de Churriguera. Andalucía, que es en mí y para mí el espíritu sin mugre y la utilidad sin barbarie, ni Oriente ni Occidente sino el término medio que se aprovecha y participa de los beneficios de los extremos, tiene en E. Salazar y Chapela una de sus representaciones más genuinas. Porque Andalucía representa en España la gallardía del gesto—la sal, la cal, la plata... todo lo que brilla y es blanco—, pero representa además la ventana abierta al mundo. El particularismo andaluz superior al españolismo es su proximidad al árabe y al grie-

go, al sirio y al egipcio, al americano y al hebreo; su universalismo, su facilidad espiritual de absorción asimilando al yanqui, al parisién y al berebere. Razas opuestas que al convivir con el andaluz toman un tinte "flamenco". Nadie absorbe lo andaluz y lo andaluz absorbe hasta lo más refractario. Esas tres razas aisladas que se llaman el inglés, el judío y el gitano acaban por beber manzanilla, no miran de reojo y vender caballos respectivamente... Este imperialismo andaluz lo representa Salazar, que lleva el mundo metido en un cestillo malagueño.

Gran creador de personajes el gran Salazar. Su novela está llena de tipos tan reales que se salen de las páginas y se ponen a correr por todas partes. El mundo de su novela es el mundo de fuera. Y uno de sus personajes se le escapa para afirmar aquí la seguridad de una rápida carrera de éxito en esa nueva ruta de novelista.

G. B.-U.

Carlos Hernández Herrera y Tomás García Figueras. *Acción de España en Marruecos*. Imprenta Municipal. Madrid.

El comandante García Figueras es sobradamente conocido de los lectores de LA GACETA LITERARIA por su faceta de historiador aménisimo y de periodista de primer orden. Ahora aparece un libro técnico que le revela al gran público como erudito africanista al publicar, en unión del comandante Hernández Herrera, la primera obra de conjunto sobre la historia de la acción política y militar que España ha desarrollado en Marruecos. Era un libro que hacía falta. El Ayuntamiento de Madrid abrió un Concurso nacional en octubre de 1927; recayó fallo en 1928, y ahora aparece, primorosamente editada, la obra que obtuvo el primer premio en ese Concurso.

Las dificultades para escribir una Historia completa de la acción de España en Marruecos son tales, en extensión, en necesidad de consulta de numerosos documentos oficiales, en valor material, que sólo una Comisión numerosa puede darle cima.

Así lo han comprendido los señores Hernández Herrera y García Figueras, limitándose a hacer una exposición de los hechos lo más ajustada posible a la realidad, una ordenación metódica de datos históricos y una aportación, ordenada también, de bibliografía marroquí que comprende lo más interesante de lo publicado en España.

Es un paso adelante formidable en la empresa de escribir esa Historia y viene a llenar un vacío que durará, por muchos años, constituyendo una obra que será contada en todo momento con provecho por cuantos se interesen por los asuntos marroquíes.

Comprende el tomo I un estudio sintético de la acción española de 1492 a 1902; continúa, con más extensión, los antecedentes diplomáticos del Protectorado, empezando la historia detallada a partir de la campaña de 1909. Las acciones militares, la política exterior de España respecto a Marruecos; el problema de nuestro Protectorado en la política española; el derrumbamiento de Melilla y la reconquista; las responsabilidades, los prisioneros, el repliegue de las líneas, Alhucemas, hasta la paz, es estudiado detenidamente y con acopio de datos de verdadera utilidad e interés. Completan este libro los capítulos dedicados a Tánger, cooperación de la Marina a la pacificación de Marruecos, las actividades civiles, consecuencias y ventajas que ha tenido para España la feliz terminación de su campaña marroquí, etcétera. Asimismo magníficos planos de nuestra Zona de Protectorado.

El tomo II recopila muy acertadamente la documentación más importante que ha servido de base para escribir la obra, y ello, unido a un índice alfabético de las mate-

rias y personas que figuran en ella, lo hacen especialmente útil e interesante.

Añadiremos que su esmerada impresión honra al Ayuntamiento de Madrid y que en toda la obra campea un anhelo patriótico y constructivo de poner de relieve cómo por encima de errores y desfallecimientos humanos, accidentales y que no faltan en ningún hecho histórico.

España ha llegado a consolidar la paz en su Zona y se apresta a desarrollar intensamente, apartadas ya las preocupaciones bélicas y de seguridad necesarias, su obra de Protectorado en Marruecos.

En resumen, una obra utilísima y que servirá de consulta durante varios años.

Y no hay que dejar de añadir que en la labor actual de unir culturalmente a españoles y marroquíes, hermanos de raza y de carácter, ocupa un destacado puesto de vanguardia la labor literaria y periodística de García Figueras, hombre de múltiples y espléndidas actividades.

R. G.

A. Hernández-Catá. *Manicomio*. C. I. A. P.

Si de algún libro puede decirse con justicia que tiene valores de eternidad es, sin ninguna duda, de *Manicomio*, colección de cuentos de locos—espléndidos, insuperables cuentos—. No sólo por la perfección técnica, absoluta en Catá, que es maestro de narraciones breves. Sino porque leer *Manicomio* nos da la sensación exacta de habernos muerto, de haber cortado las amarras que nos sujetan a todos nuestros panoramas vitales—familiar, social, profesional...—y andar a la deriva por un mundo oscuro en que las cosas no tienen nombres ni perfiles.

Porque morir no es ser cadáver. Toda pérdida de la conciencia del existir es muerte. Muerte es el sueño, la hipnosis, la catalepsia y la idiotez. Muerte es la locura. Las calles están llenas de muertos que hablan, los "muertos verticales", los que han muerto para sí propios. Hay también el hombre que está al cabo de la calle—¡a mí qué me va usted a contar!—; el hombre sin curiosidad que se siente total y no se asoma a otro mundo que al de su vanidad. Y hay el coleccionista, el que ha nacido muerto espiritualmente y pega su vida a las manías arqueológicas. Cada uno muere a su manera. Y sólo vive el que se muere de veras, porque se muere de una vez.

A veces sirve la idea de la muerte total como antídoto a las muertes parciales. Cuando se piensa en que todo lo que estamos viendo es lo último que vamos a ver, se aferra uno con más ahínco a la contemplación de toda realidad y se mete espiritualmente en todo lo que ve, librándose del aislamiento. Es el espíritu del "cante jondo" andaluz y del fatalismo musulmán, que, gracias a la

presentación descarnada de la tragedia, provoca como reacción un apetito de sabor el mundo.

Mejor es morir de un golpe que morir poco a poco en la locura, diluyendo el alma en el ensimismamiento como un azucarillo en agua. Muerte y locura son paralelas, pero preferible la primera, que evita el espectáculo más triste que puede existir para un hombre: ausencia de la inteligencia, escamoteo del "logos". La muerte es como el desierto fuerte y estimulante soledad, que invita a correr, a luchar contra ella, a dominar el ilimitado horizonte, a violar su aridez desahogada con un arrebato de masculino y unado sadismo. La locura es como la selva virgen llena de oscuridad y alucinaciones, redosa de lianas y matorrales, cerrando camino con sus masas de ramas, húmeda, sana, llena de serpientes y bicharracos.

¿No está, además, este libro de Catá dentro de la literatura de moda, del libro oficial? Aunque sea por eliminación. Porque todas las nuevas tendencias de la gran literatura mundial—Alemania, Rusia, Estados Unidos—van contra la exacerbación del individualismo y contra el llamado "arte puro" o sea el arte deshumanizado y desligado de la vida. Ahora bien, volverse loco es "engañarse", desprenderse de sí mismo, arrancar el alma para quedarse con su sombra. Todo espiritualismo de tipo romántico—individualista o despersonalizado—, vanguardista, es una pequeña locura frente a la agrupación—familia, tribu, asociación—sea el arte deshumanizado y desligado. Todo libertarismo occidental es esquizoide, desde el místico que aspira a salvar su alma propia nada más que la suya mediante el ascetismo egoísta hasta el nihilista, para el que la vida tiene realidad valiosa la propia realidad, su ser. *Manicomio*, que enseña el máximo individualismo, es el antídoto.

A pesar de todo lo dicho, no es la locura algo que debe suprimirse. Nada humano puede ser inútil. Hay que aspirar a diluir la forma de fantasía, como estímulo a conocer nuevos horizontes. Hay que crear una locura que inyecte un poco para pedir el todo. La locura es una nueva electricidad que no hay que suprimir, sino cultivar. Pero hay que saber dónde está la locura. El libro de Catá nos pone sobre la pista. La locura está en la exacerbación de las pasiones y aun de las más nobles pasiones; en partirla poco a poco e impedir su acumulación es urgente. Porque, en realidad, estar loco es estar mentalmente intoxicado.

Por estas sugerencias y otras que callo en *Manicomio* el mejor libro de cuentos de nuestra literatura ha dado en este año. Libro que roza lo maravilloso.

G. B.-U.

COMPañía GENERAL DE ARTES GRÁFICAS



ACABA DE APARECER

"La Virgen de Aránzazu"

por José María Salaverría

UNA GRAN NOVELA AUTOBIOGRÁFICA

1, 5 0

"EL LIBRO PARA TODOS"

C. I. A. P.-Librería Fernando Fe.-Puerta del Sol, 15